

3 1761 04413 5143

Garbalosa, Graziella  
El relicario

PQ  
7389  
G26R4



GRAZIELLA GARBALOSA



# EL RELICARIO

NOVELA DE COSTUMBRES CUBANAS



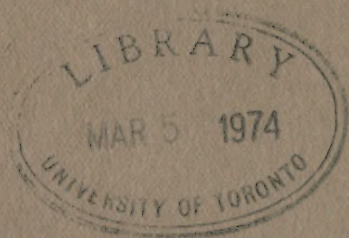
HABANA

Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y C<sup>a</sup>

Pí y Margall, Núms. 33 y 35

1923

PQ  
7389  
G26R4



240



## A MANERA DE PROLOGO

Yo prologo mis libros. Soy notable crítico de mis obras. El estudio del yó, es la única profesión que suelo ejercitar. Este libro adolece de una ingenua y agradable egolatría. Su literatura posee la inocencia y el frescor de la infancia saludable. Al escribirlo, me guiaba el deseo de recordarme. Es un libro bonito, porque hecho está de remembranzas. Todas las remembranzas resultan bellas; hasta las más horribles, a través de los años, lucen divinizadas. El recuerdo es teatral. Un personaje que no puede verse más que de lejos, el espectador en la penumbra y él a la claridad falsa de las candilejas. Los recuerdos, como los cómicos, vistos de cerca, cuando se viven, cuando no son recuerdos, ni cómicos, carecen del encanto. Como simpatico con el arte teatraleril, gusto de los

recuerdos. Tal es mi sincera confesión. Carece de mérito el ser bueno; es meritorio serlo siendo malo. Así resulto yo: a fuerza de mala, demasiado buena; por exceso de ignorancia, suficiente sabia. Sincera soy, debido a mi abulia intelectual. Es más fácil confesarnos que inventarnos. Y es más digno confesar simplezas que hilvanar absurdos. Como los artistas de todo renacimiento, yo me adoro y me desprecio: vivo consagrada al análisis depurador de la personalidad. Este libro es un relicario de inocentes recuerdos, con los cuales pasa lo que con las calaveras de los apóstoles conocidos, que cuando los deudos las admiran, encomian lo que ya no existe y antes censuraron despreciativamente.

Redacté mis juveniles memorias escalando la cumbre de la deseada y esquiva celebridad. Rousseau y Anatole France describieron su juventud cuando no la poseían; ese motivo hace que los recuerdos adolezcan de opacidad, resultando engrandecidos por el nombre de los célebres autores.



Amando mi pobrecita persona, el romanticismo iluso de sentirme difunta en vida y resucitada en plena gloria celestial, hago esta graciosa ofrenda para mis lectores. Y juzgándoles gusanos de la tumba que la tierra me parece, les brindo el embalsamado cadáver de mi vulgar infancia, como un dulce de azúcar y leche, guardadito entre las hojas de un tipográfico relicario. Les garantizo que, si no robustece, tampoco indigesta. Primero les dí una *Juguetería del Amor*; plena de juguetes bonitos y baratos; después una *Gozadora del Dolor*, ebria de tropical erotismo; ahora que habeis gozado la dulce ingenuidad y el encendido atrevimiento, les brindo este libro de suaves esmaltes esmeraldinos y azules, con tonalidades rosa y nieve. Primero la juventud, siguiéndole la pubertad, a continuación las remembranzas infantiles. Nunca les daré los copos niveos de la, con el tiempo, viejecita cabeza: imitando al Todopoderoso, eternamente seré joven. Yo les aseguro que Dios o Jehová, decepcio-

nado con su barba blanca, fabricó al Soñador de Galilea, para lucir ante la enamoradiza multitud, los rizos blondos y suaves del hermoso Nazareno...

Así, pues, aquí tienen el cadáver de la infancia mía; devórenlo placentemente.

Que su esqueleto atemorice y humille a los detractores que me lean.

GRAZIELLA GARBALOSA.

Santiago de las Vegas, Julio de 1923.

**La Vanidad es el cancerbero  
que guarda los dinteles de mi  
existencia.**

**La Envidia es un microbio  
que no germina en mi cuerpo.**

**Graziella Garbalosa.**



## INTRODUCCION

Muerte de la abuela.—El retorno a Santiago de las Vegas.

Es la exótica Gisela, una menuda mujercita, de naturaleza física adaptable a todos los climas y de conformación psicológica susceptible a todas las religiones, desde las más exaltadas, hasta las más humanamente sedativas. Y aquella mañana en que comienzo este relato, en la habitación de un "Hotel para Familias", encendía el infernillo con objeto de hacerse el desayuno, cuando llegó su padre anunciándole aquello que la joven desde algunos días antes presintiera. Puesto aún el ropón de noche, y cubierta con un kimono barato, increpó al paterno visitante de la manera siguiente:

—¡ Si me lo decía el corazón... si era lógico... demasiado ha sufrido la infeliz...!

¡Y todo por ayudarme a pasar este calvario, por noble, generosa y abnegada...!  
¡Vete, vete al instante, que me mortifica tu presencia! ¡Tú, el egoísta, el inconsciente, el disfrutador de la vida dentro de tu mediocridad moral, social y económica!...

Se marchó ante aquel improvisado torrente de *alabanzas* y calificaciones, como si un petardo estallara debajo de sus zapatos, aquel señor de unos cincuenta y cinco años, que tan de mañana soliviantaba, mediante cuatro frases definitivas, el espíritu inquieto y sutil de aquella mujercita nerviosa, sentimental y valiente, que cruzaba de la vida el sendero de la pubertad, cargando una cruz de hierro ardoroso sobre los hombros linfáticos, envueltos por una epidermis aterciopeladamente marfileña.

Al ruido de la mampara que establece la comunicación al pasillo, corrió la joven, felina en el gesto, a cruzar la aldabilla sobre el engrampe, y cerrando la persiana de un ventanuco asomado al corredor, apagó

el reverbero, tirándose acongojada y sollozante, sobre un cesto de ropa que había en el cuarto ropero.

El dolor sentido que exaltara su desequilibrado sistema nervioso, al revelársele aquella mañana tan brusco, retorció los tentáculos de la emotividad, los cuales iban exprimiendo el jugo de las pupilas y el cáliz de los más nobles sentimientos.

El alma—esa estrellita luminosa que los mortales llevamos replegada en el fondo de nuestro cerebro, tan brillante y misteriosa a la humana penetración, como el más observado planeta del infinito—sombreada por los celajes del egoísmo juvenil, brilló más diáfananamente cuando el huracán que la noticia presentida desencadenaba, deshizo los nubarrones formados por el apremiante instinto de conservación y las imperiosas vanidades del mundo. La sangre, circulando por las arterias más precipitadamente, hizo que el elástico tubo del pequeño tanque sanguíneo sufriera el exce-

so de líquido vital. ¡El corazón padece cuando el cerebro piensa!

Pasó la crisis de los estrangulantes sollozos y de las lágrimas, que a fuerza de purificar la mirada, dejan los ojos congestionados y enrojecidos, hasta empañar la brillantez juvenil, con el fulgor de los dolores.

Desesperada Gisela, quitóse la ropa de dormir, y a toda prisa vistióse un refajo de olán y el vestidito escocesa en tonos claros, que usaba para estar en casa durante las horas matutinas. Y ocultando el rostro desmejorado por la tormenta moral, cubrióse los cabellos cobrizos con una pabela de paja flexible, a listas blancas y azules.

A la puerta del hotel tomó un ford. El chauffeur, al escuchar aquella voz infantil, enronquecida por el llanto, pudo notar a través del calado que el ala del sombrero tenía, unos ojos expresivos llenos de lágrimas. Y a toda velocidad la condujo al sitio indicado.

En el puente de Agua Dulce, junto al



paradero de los tranvías, que transportan a los habitantes de los alrededores capitalinos, Gisela despidió al chauffeur y tomó pasaje para Santiago de las Vegas. Media hora después, apeábase en la estación ferroviaria de la tabacalera ciudad.

Durante aquel viaje, su mente abstraída en el dolor, suplicábale al personaje invisible de todos los afligidos, al báculo de las almas débiles, piedad para su desesperación de mujer adolorida, por los golpes del vivir, que llegara a tiempo de cuidarla, besarla, salvarla.

Un coche campesino la condujo desde el paradero a la casa donde ansiaba llegar. Descorrió la trabilla de portón asomado a la calle, y dando un grito expansivo, corrió hacia el dormitorio de una delicada anciana.

—Mi viejecita, ¿cómo te sientes, qué has tenido, qué te pasa?

—¡Mamaíta, mamaíta mía!—gritó una graciosa pequeña de cuatro años, que con ropón de dormir y en pantuflitas de junco,

trepaba por las piernas de la llorosa visitante.

—¡Mi hija querida, pilla de tu madre! ¿Qué has tenido, cariño, vida, sangre mía? ¿De qué estás enferma?

—¡Ay, Gisela! — exclamó la anciana queriendo incorporarse sobre las almohadas y con voz deficiente por las asfixias.— ¡Hija, qué de angustias! Lo que tiene es una indigestión. ¡Es tan traviesa y tan glotona!...

—Sí, viejecita mía, sí lo sé; lo que tiene Pitín es nada, cosa de los niños; pero tú, cuéntame, ¿cómo y por qué has caído en la cama?

—¡Ay, hija! Ya yo dí todo lo que tenía que dar. He terminado. Desearía vivir hasta que Pitusa tuviera siete años, pero no es posible. He vivido demasiado. Ya no es humano pedir más...

Mucho lloró Gisela en la cocina colonial, amplia y soturna, junto a la rústica mesa de pino, donde humeaba la sopa servida en un plato de blanca porcelana, por

la mujer que cuidaba la casa y quiso confortarla.

La enferma tuvo una leve mejoría con la llegada de la nieta. Era una viejecita de ochenta y cinco años, alta, delgada, de cabellos cenicientos y escasos, inteligentes ojos verdes, nariz aquilina y menuda boca desdentada. Había pasado por el mundo envuelta en una aureola de bondad infinita. Los dolores pulieron su espíritu y salió más brillante de todos los sufrimientos, como el oro de todos los crisoles.

Hija fué de un rico isleño, guajiro del Cacahual, poseedor de algunos terrenos de sembradío entre los más fértiles de la provincia habanera. Su negrada era extensa cuando la esclavitud en Cuba. Cientos de negros manejaban los guayos y molinos para el almidón y la harina de maíz, trabajando noche y día, tratados como bestias, bajo el sangriento látigo del mayoral. Ganado vacuno, gallináceas, puercos, bosques de mangos y mameyes, anones y nísperos, plátanos y aguacates, más las huertas pro-

veedoras de viandas y legumbres que, sobre serones puestos en borriquillos y pencos, enviaba el enriquecido guajiro a los mercados de las poblaciones cercanas.

El isleño era laborioso, fuerte, analfabeto y alegre. Tenía en la cumbre de una loma el hovar que rodeaba un indígena jardín, donde las odoríferas mariposas, diamelas, galanes, campanillas azules y menudas rosas purpurinas, embalsamaban el aire.

Una guardarraya de palmas ascendía desde el riachuelo que cruzaba junto a la falda de la loma, hasta la cima donde el techado de guano relumbraba como plata bajo el brillante sol de las Antillas.

El piso de la vivienda era de hormigón. Las ventanas de balaustres de madera, cubiertos con el follaje del coralillo rosa. La sala de recibo adornábase con balancines de rejilla, taburetes, una consola con tapete de crochett y un guardabrisa de cristal mostrando flores de tela y tomeguines disecados. En un ángulo, el altar de la Vir-

gen del Cobre, que ostentaba un cirio encendido y unos ramos campestres.

A la derecha, comunicándose por una puertecilla, estaba la alcoba del matrimonio, luciendo el ancho tálamo en forma de carroza, vestido con el mosquitero de tul y colgaduras de seda amarilla, el ruedo y los cobertores de bordados madapolanes. Frente al tálamo, el tocador de caoba estilo Luis XV colonial, y el guardarropa inmenso, suficiente a contener el vestuario de toda la familia. Esta componíase del hijo mayor y cuatro muchachas alegres y bonitas. El dormitorio del primogénito lucía los trofeos del campesino inteligente y rico: machetes, escopetas, cuernos de caza, cuchillos de monte. Junto al colgadizo donde se comía y estaban la cocina, despensa y lavadero, desembocaba la alcoba de las muchachas, mostrando los dos lechos de hierro y esmalte, el arcón, los costureros y las mecedoras, entre jofainas de cristal y tinajoncitos de barro, que guardaban el agua siempre fresca.

Ellas eran unas jovencitas de talle er-  
guido, largos cabellos castaños, dientes  
muy blancos y nacarada tez. Hacendosas,  
háviles en los menesteres de la cocina y la  
repostería. Descuartizaban el cerdo, hacían  
longanizas, carne para conservar en su pro-  
pia grasa dentro de tinajones de barro, vi-  
nagre de plátanos maduros, tamales de  
maíz, pollos, pavos y chayotes rellenos, pu-  
dines de calabaza y conservas de coco, gua-  
yaba y piña. También construían sus ja-  
bones con la hiel de las reses y la simiente  
de la sandía. Sus polvos de tocador con la  
cáscara del huevo y el perfume del jazmín.  
Y sus mejillas eran tersas y suaves, como  
pétalos de rosas.

Durante los domingos, día de visita en  
la casa del rico sitiero, los jóvenes amigos  
sentados en el portal sombreado por unas  
matas de café, tocaban las bandurrias y el  
guayo, repiqueteando con los dedos en la  
piel de su taburete, el negro más viejo de  
la dotación, y chocando los palillos, el quin-  
ceño mulatico liberto, mientras las cuatro

señoritas bailaban alternativamente un criollo zapateo con el mejor bailaror de los contornos.

Ellas vestían los amplios trajes de muselina blanca, llena de ramos en colores; trajes de talle muy estrecho, cortas mangas de globo, ahuecadas faldas llenas de volantes y, como atavío final, en las trenzas cobrizas de abundoso pelo, las mariposas perfumando la nuca llena de rizitos.

Ellas cantaban y bailaban con ingenuo donaire las coplas guajiras, abriendo sus pericones de papel, a cuya borla prendían el pañuelo de seda azul o rosa. Y la punta de sus diminutos zapatitos, bordaba en el hormigón del piso, la cadencia musical, alegre y sentimentalísima.

Así, antaño, vivió la octogenaria enferma, hasta que decidiera casarse, para salir del hogar paterno quebrantado con las discordias de sus mayores, y ser la señora madre excesivamente celosa del fuerte y decidor marido, sobre quien los años pasaban sin dejar huellas.

Antoñita era la más espiritual de las muchachas, y sufría con las desavenencias de sus padres. Enamorada y correspondida de un joven escribiente del Ayuntamiento bejucaleño, quiso casarse lo más rápido posible, ya que sus hermanas mayores hiciéranlo prontamente, y ella no contrariaba con tal enlace la voluntad o gusto de sus progenitores.

Casóse; pasaron los años; murieron sus hijos en edad temprana. Le quedó una nietecita loca. El invulnerable isleño, algo menguada su fortuna durante la guerra de los diez años, apareciósele un día a doña Antoñita, entregándole una pequeña de nueve meses, tierna, rubia y saludable como un fruto de terreno fértil y abonado. ¡Era el último retoño del guajiro viudo, famoso en toda la comarca por sus dineros y sus aventuras!

Doña Antoñita cuidó a la pequeña, depositando en la nené todo el estimable caudal de su ternura equilibrada y recta. La niña creció linda y candorosa. Y se casó.



Y doña Antoñita tuvo nietos adoptivos, alegres, inteligentes y graciosos como figuras humanas. Entonces, a los catorce lustros de nacida, comenzó el via-crucis más doloroso de doña Antoñita. Murió la dulce hija adoptiva casi de repente, a los treinta y seis años, cuando ella postrada en una cama sufría los dolores de una pierna rota, y la desesperación de ver huerfanitas a las cinco pequeñas, desde trece años a catorce meses.

Su via-crucis fué horrible...

Así pensaba Gisela frente al plato de sopa fría, donde iban cayendo gruesos lagrimones desprendidos de sus ojos, abstraídos en las escenas del pasado.

Transcurrieron quince días. Doña Antoñita mejoró. Se le quitaron los dolores de la pierna rota, que durante algunos años estuvieron mortificándola. Su pulso era intermitente y acelerado. Gisela dábale jugo de frutas con yemas de huevo batidas en azúcar, pollitos en sopa, baños de cama con jabón perfumado, vinos reconfortantes, y

la buena viejecita, sonriendo escéptica, decía:—¡Me cuidas para los gusanos!—Y en sus delirios de agonizante, llamaba a las hermanas muertas hacía muchos años, a la madre inolvidada, al marido venerado, a la última nietecita que viera agonizar.

Doña Antoñita murióse un anochecer de Julio, entre los brazos de Gisela, sin agonía dolorosa, rodeada de varios miembros femeninos, pertenecientes a las familias más estimadas de aquel pueblo que la distinguía, por su generosidad nobilísima.

Y Gisela vióse frente a la vida, sola para combatir sus errores y satisfacer sus necesidades. Con una pequeña de cuatro años e ignorante de la primogénita de ocho, separada del regazo maternal por el padre inconsciente, cuando una epidemia de tifus arrasara el hogar de la sensible mujercita, arrebatándole un hijo inválido de dos años de edad, rubio y hermoso, a semejanza de los querubines que muestran las pinturas célebres, y a una hermanita de siete, graciosa y sentimental, parecida a esos ánge-

les que contemplaron en sus alucinaciones las históricas vírgenes del catolicismo.

Fueron entonces para la joven predeterminada a todos los grandes conflictos de la vida psíquica, las horas más inquietas y las esperanzas frustradas.

La casona pueblerina, donde nacieran sus hermanos y murieran sus mayores, transfigurábase con las elucubraciones que Gisela ponía en práctica.

El patio jardín, donde antaño hubieron granados, higueras, jazmines, rosas y un parral, era un salón al aire libre con piso cementado. Ella rompía el piso y sembraba flores. En cada testero separante de una a otra habitación, los tinajoncitos de barro mostraron las guías de las piscualas y coralillos. Cubriendo la pequeña tapia de mampostería que separa las viviendas, las alubias y calabazas extendieron el verde follaje. Las macetas de barro lucían geranios, albahacas y begonias. Los muebles precisos y humildes fueron pintados. Los pisos viejos, carcomidos y rotos, bañában-

se a diario. La loza relumbraba en el aparador, pese a la avalancha de insectos que regaba el verano. Y los tapetes de viejos encajes, ponían su nota de humilde bienestar en los escaparates desinfectados con naftalina, y en todos los testers, tocadores y mesas.

Gisela distraía la pérdida irreparable de la hacendosa viejecita, rejuveneciendo el hogar que tanto amara la que, abandonando el mundo tangible, hacía dueña venerada del que la joven llevaba en sí misma. Así, después de nueve años de ausencia, rehizo aquel albergue familiar que fuera destartado por sus desventuras primaverales.

Frente a la hoja escritorio de un libro, ella mentalmente reconstruye su pasado. Mira los ensueños rotos, las esperanzas anémicas, la realidad abrumante; y midiendo sus energías intelectuales, aquilata el valor moral de las convicciones. Luego contempla en un espejo aquella menuda figurita de ovalado rostro, expresivos ojos,

boca grande y purpurina, frente helénica y nariz de pillete. Sonríe. Por sus nervios juguetea el optimismo del artista incólume. —¡Todavía no estoy rota!—se dice bajo el estremecimiento de la embriagante inspiración.—Soy una porcelana resquebrajada, pero de inestimable valor artístico. Algún museo me comprará. Y entonces cumpliré mi cometido. Me llenarán de flores en las noches de fiesta y los jóvenes irán a besarse trémulos, al amparo de mi sitial decorativo...

El artista, como el apóstol, siente la necesidad imperiosa de tener admiradores, imitadores y propagandistas. De tener un templo y un altar. Devotos y fanáticos. El artista, como el apóstol, deshoja su espíritu en el alma de las multitudes, y en cada espíritu admirador deja un pétalo de su rosal. El artista, como el apóstol, necesita del elogio y de la crítica. Por eso Gisela abrió un cuaderno y escribió unos versos, donde recopilaba rítmicamente su sentir.

Así decían:

### AHORA

Ahora que mi cuerpo ya hecho y menudo,  
como bayadera de nuevo marfil,  
siente bajo el beso del sol rubicundo  
florecer sus ansias, ¡lirios del vivir!

Ahora que mis ojos han llorado mucho,  
y son como fuentes de limpio cristal,  
donde se retratan todos los Conjuros,  
que vertió mi Sino, trágico y astral.

Ahora que las pomas de mi frágil busto  
vertieron sus mieles, jugosas, maduras,  
como surtidores de un líquido puro,  
sobre el cantarillo de mi desventura.

Ahora que mis plantas recorren los bruscos  
peñascos hirientes de las cumbres álgidas,  
y mis manos pálidas, los velos oscuros  
de todo misterio descorren aladas.

Ahora que musitan mis labios purpúreos  
la oración que hace temblar la montaña,  
comprendo mi Arte y obtengo su escudo;  
¡y desnuda canto bajo el Sol que mata!

Desahogado aquel torrente de artística  
emotividad, peinóse los bucles distendidos  
por su espalda, y vistiendo un traje negro  
desprovisto de adornos y de fácil hechura,  
mangas cortas, descote modesto, talle lar-

go, falda lisa; y con la tez muy pálida y los ojos brillantes, de mirada triste, aguardó en la saleta la visita de costumbre: un joven de treinta veranos a quien ella dispensaba su afecto. En tanto, el abúlico padre y cariñoso abuelito, revisaba los periódicos, y dormíase la pequeña sobre las faldas, al arrullo de la tierna canción maternal.

Las veladas familiares desarrollábanse sin otro aliciente que las charlas retrospectivas del señor Lozasgarbas, pésimo narrador, debido a su endémica prosodia y a la pobreza de imaginación que le caracteriza. Sus relatos carecen de color descriptivo: son escuetos como un paisaje polar. Gisela soportaba la esterilidad narrativa con hastío y desolación, y el visitante amorfo dormíase sin escrúpulo.

Una mañana en que descansando sobre la chaisse-longue, cargada de libros y cuadernos, fumaba un cigarrillo y pulíase las uñas, concentrándose en sí misma tuvo la clave de aquel desequilibrio.—Soy profesora del Arte—dijose con alegría enfermiza.—

Me confesaré con el público. El artista tiene un hogar, que es el mundo; una familia, representada por la humanidad, y un sacerdote, a veces venerable y otras despreciable, que se nombra Crítica. Escribiré mi vida. Me pesan los recuerdos. Me abruma el pasado. Quiero quitarle a mi espíritu la túnica rota. Deseo vestirle de nuevo y antes necesito despojarle. El verano le pide a mi espíritu el baño de la sinceridad y los blancos ropajes de la alegría.

Abrió un cuaderno. Tomó la pluma. Las letras negras fueron dejando el alma clara.

Comencemos a leer sus confesiones.

.....  
.....



## CAPITULO I

El gran poder imaginativo.  
—Divagaciones y remembranzas.

Estoy viviendo el año mil novecientos veinte y dos, transcendental para mi país, que sufre el desequilibrio del siglo reinante (o séase siglo veinte de la era cristiana) con más armónico descabellamiento que nación alguna en todo el globo terráqueo.

Armoniosa mezcla de razas: africana, celta, mongólica, indoamericana. Ponche de religiones y leyes, quédanle como reconfortante a esta sociedad de antagónicas razas mezcladas: templos para los fieles cristiano - católico - espiritistas, masónico-ateos; jueces para la democracia aristocrática y la burguesía dinástica bolshevike.

El país en quiebra durante los primeros meses del mil novecientos veintiuno, mudó de Presidente; y en el transcurso de

trescientos sesenta y cinco días que tiene el año desaparecieron nueve millones de pesos del tesoro que recaudaba exhausto para contener la crisis y el pánico nacional.

Los americanos intervinieron con el gobierno cubano para moralizar el país, copiando textualmente sus palabras.

El opio, la morfina, heroína y cocaína, entran fantásticamente, como pálidas sirenas de helado cristal, por el esplendoroso puerto de la Habana, donde se deshacen y evaporan.

Las hormigas nacionales acuden a cargar los terrones heroicos.

La juventud cubana duerme y sueña, mientras el país naufraga por carecer de timonero.

Un familiar ministerio, perteneciente a una famosa península, agita el viejo caracol marino y atrae las facturas heroicas, introducidas por la histórica frontera hasta los puertos de la península, en cuyos barcos llegan a esta bulliciosa y ardiente capital.

Los representantes del monárquico go-

bierno europeo son piadosos y caritativos. Facilitan el embarque y desembarque de los terrones adormecedores, para que los cubanos experimenten sin pesar, la extracción de la cachorrita que le arrebataron a la leona europea.

Y bajo el cielo azul y los esbeltos palmares besados por el atlántico, los cubanos duermen y sueñan paisajes y episodios ultrahumanos.

¡Delicioso país, envuelto en el cendal que va tendiendo sobre la tierra toda, el espíritu sutil de la adormidera asiática!

---

Entre los días del final y principio de año, cumplí veinte y cinco.

Y según mis apreciaciones, el 10 del diciembre pasado he vuelto a nacer.

Estoy en pañales para comenzar a vivir la vida, con la suficiente experiencia que me permita exprimirla sin rodeos.

Guardo bajo el sudario de la tierra fértil, sobre la cual se levanta la población ta-

bacalera de Santiago de las Vegas, los afectos más desinteresados.

En estos días lluviosos del otoño, páso-me las horas reconstruyendo mentalmente el pasado que viví.

Recuerdo que de niña, cuando tronaba durante la tormenta, me decían:—El papá Dios, allá en el cielo, tira las mesas y los armarios, porque le han puesto furioso sus hijos majaderos.

Y yo, reflexionando, miraba el infinito y decíame:—Si papá Dios vive allá en el cielo, tendrá también un cielo y un Dios. ¿Y el otro Dios? Otro cielo y otro Dios. ¿Y el otro?...

Y cargada la cabecita por tan lógica reflexión, quedábame dormida en el pequeño balancín de mimbres.

Era yo una niñita menuda de carnes, blanca, rubia, de ojos pardos, inquieta y sentimental, según los retratos de la infancia y los relatos de mis mayores.

Padecía unos ataques de nervios muy temidos, por los muebles de mi casa.

Bajo aquel aspecto de muñeca endeble, alimentábase un espíritu elástico, sensible y fuerte.

Tenía un poder de imitación asombroso.

A los cinco años, una noche me llevó mi padre a las representaciones de un Circo ambulante, y desde entonces, hasta que fui muchacha, no volví a presenciar tan infantil espectáculo, por haberlo prohibido mi madre al observar las maromas que yo ejecuté al día siguiente.

Por las mañanas hacía sobre mi lecho representaciones absurdas. El mosquitero fungía de bambalinas; colocaba las almohadas como concha y bancos; y allí era el gritar y accionar y descolgarme de las cornisas de hierro, dando vueltas de carnero, y entrar y salir como una anguila por los anchos enrejados del barandaje.

En las mañanas lluviosas o de invierno dedicábame a sembrar el pánico en el espíritu de mis hermanas pequeñas. Envuelta en una sábana blanca, con los párpados vueltos hacia afuera, mostrando el rojo, y

la mirada bizca, rebuznaba y cacareaba sin articular los labios abiertos.

Era de admirar que aquella chiquilla paliducha, delgadita y sentimental, poseyera una voz tan potente. Cantaba como tiple, como tenor; imitaba el rebuzno, cacareo y maullido de los cuadrúpedos, gallináceas y felinos. Y sobre todo, tan inquieta, que hubiérase creído que después de aquel derroche de energías, forzosamente aquietárame. ¡Nada de quietud! Persiguiendo a mis hermanitas, medrosas y rientes, corríamos a refugiarnos en la alcoba y el lecho de nuestra madre, que amamantando a la pequeña de meses, protestaba del bullicio y del desorden.

¡Oh la algarabía de todas cantando a coro, junto a la bondadosa y linda mamá, en el revuelto lecho donde nacíamos, y envueltas por la dulce penumbra de la alcoba!

Allí era el reír sin tasa y el gritar sin freno.—¡Basta! A marcharse y a vestirse que voy a levantarme.—Y todas a la vez,

repentinamente calladas, volvían a sus camitas a ponerse las medias y los zapatos.

Terminado el desayuno: frutas y cuajadas de leche, mi madre me mandaba a estudiar. Mi abuela levantaba la tapa del piano y, amodorrada por la digestión y el retozo, mientras la mañana transformábase en tarde, la cuadra de mi casa era invadida por el *do, re, mi, fa, sol* de mi piano.

Los crepúsculos invernales prendían sobre mi espíritu infantil una indefinida nostalgia. Mis piernas deseaban correr sin freno, y toda yo sufría por no tener, como en los libros de cuentos, bosques umbrosos y praderas de amapolas y margaritas.

Todo se reducía a estropearle a mi abuela el cuidado jardincito del patio, donde mi imaginación, ampliándolo, figurábase caminos tortuosos, bajo la enmarañada selva umbría, de un anón enlazado a un granado y a una higuera, por las diamelas y mosquetas. Seguía el palacio encantado de la bella durmiente, a quien yo des-

pertaba representando al príncipe, con un birrete de papel estraza lleno de plumas arrancadas a un gallo, en pantaloncitos interiores, con una espada de palo sujeta por un cordel a la cintura, una escarcela de cuero (portamonedas robado a mi abuela) y una elegante capa negra de gasa y mostacilla—muy del uso de las señoras pueblerinas para salir durante la prima tarde a cumplir visitas—completaba y enriquecía mi principesca indumentaria.

Fingíame la ventanuca del cuarto de baño, encaramado sobre el ancho arriate, la ojiva medioeval del castillo silencioso; las anchas piedras verdosas, colocadas como peldaños a la puertecita de entrada, la espléndida escalera que conducía hasta el regio portón, y el tronco seco de un naranjo, derrumbado por un temporal bajo el ventanillo, la góndola en que me llevaría a la princesa.

Una tina de hojalata donde nos bañábamos, llena de almohaditas y cojines, era el suntuoso lecho en que dormía, desde ha-



cía cien años, la princesita de las trenzas de oro. Representábala mi hermana segunda, vistiendo un traje de larga cola, que era una sobrecama de crochet con amplios flecos arrastrados a la espalda, y en la frente una soga de dos varas, que, desflecadísima, fingía las rubias y largas trenzas.

Los rústicos canteros del patio, rodeados de golletes de botellas, circundando los macizos de violetas, embelesos y cagigales, como decoración del piso de cuadradas losas rojas, representaban los parterres del parque, por donde teníamos que cruzar amorosamente la princesa y yo, hasta la góndola del bosque umbroso, atravesado por el poético río color de sangre.

Aun siendo varias hermanas, yo como primogénita, fuí la preferida. Después de mi nacimiento tuvo mi madre tres hermosos niños, que murieron de meses. Y mi figurita de aspecto delicado, y mi carácter comunicativo y alegre, hicieron que se me mimara y cuidara esmeradamente. Los fa-

miliares y amigos, mi padre, mi madre, mi abuela, todos eran a complacerme y a celebrarme, cuidando de no engreirme.

Tres cosas de la infancia recuerdo con verdadera melancolía: el repique de las campanas que las torres de la iglesia de Sillería, barnizada por la pátina de dos siglos, ostentan como joyas de sonoridades hechizantes; los bautizos de mis muñecas, y los viajes a la Habana en el ferrocarril que atraviesa los verdes campos, inundados de un sol brillantísimo.

Mis pequeñas dolencias infantiles ponían en conmoción a todo el vecindario cuando tenía que tomar la medicina. ¡Cómo recuerdo el aspecto de mi madre, con sus dos largas trenzas de cobre, su larga, entallada y tupida bata de olán y encajes, su rostro nacarado de helénica frente, brillantes ojos, purpurinos labios, la que sonriendo maternal colocaba sobre mi cama un estuche de terciopelo rojo con cerradura de plata, donde habían, para mi regocijo y condescendencia a tomar la medicina, ca-

denas de oro, brazaletes, guardapelos y monedas de cinco duros, áureas y tintinantes!

Mientras mi madre torcía cigarros, o fabricaba encajes, el negro Tata y la negra muda, esclavos libertos de mi abuela, ocupábanse de los menesteres caseros, dirigidos por la niña amita.

Mi padre pintaba retratos y paisajes, decoraciones de teatro y anuncios ilustrados. Era un pintor mediocre, de regular estatura, rubio y superficialmente feliz.

Desde la edad de cuatro años emborronaba yo las paredes, poniendo mi nombre y apellidos. Y extasiábame durante horas enteras mirando la portada verde, llena de sandiegos, de un libro de lectura.

En una lámina se leía: "Lucía mira la vaca, la vaca da leche". Lucía era una niña rubia vestida de rojo; la vaca era blanca y negra; y ambas estaban en un prado de abiertas margaritas. Mi naturaleza intrépida encontraba pequeño e insuficiente todo el marco donde se desenvolvía.

Un parque de álamos y rosales frondosos que al fondo de mi casa había, en desenfrenada carrera recorríalo, saltando los altos y largos bancos de piedra que, junto a las palmas reales, bordeaban la fuente de pila en espiral y erguido surtidor, cuyos grifos lanzaban columnas de agua desde las alturas hasta el depósito, donde las jicoteas reproducíanse.

## CAPITULO II

### La infantil soñadora.

Luego cayéronse los menudos dientecitos de leche y, en su lugar, asomaron dos hachas de marfil apropósito para derribar árboles en el país de las muñecas.

Los rizos fueron recogidos en trenzas. Los brazos y las piernas largiruchos y tostados por el sol. La bonita nené habíase transformado en una flacucha grandullona de ojos vivos y boca grande.

Èra desaplicada. Solamente hacía progresos en la música, gracias a que me imponían dos horas de sonantes arpegios y escalas.

Iba siempre al Colegio con la bolsa llena de panes con carne asada y picadillo, dulce de guayaba, bollos de chocolate, boniatos asados y todo lo que podía transportar de la mesa de mi casa al pupitre que

ocupaba en el aula. Esos panes eran repartidos, durante las lecciones, entre las niñas que llevaban poca merienda. ¡Era delicioso el apetito de la prima tarde! Mientras la maestra explicaba los nombres de los huesos que tiene el esqueleto humano, frente a la pizarra negra que mostraba uno pintado con yeso, nosotras, bajando de vez en vez la cabeza hasta la carpeta del pupitre, triturábamos con prisa, hambre y temor, un bocado sabrosísimo.

A la hora del recreo, en el traspatio, donde había un fresco y susurrante platanal, organizábamos el juego de bandidos y policías. Las niñas pusilánimes formaban el ejército; la banda de facinerosos, las arriesgadas. Casi siempre era yo capitana de bandidos. Y venga el correr velozmente, los choques de las unas con las otras, el rompernos los vestidos, magullarnos el cuerpo y tornar a la clase cuando la conserje sonaba la campanilla prohibiendo el recreo; quemadas del sol, los ojos brillan-

tes, las piernas adoloridas y la imaginación despejada.

Luego, en mi casa, eran los patines, la comba, la pelota. Durante la noche jugábamos al corro, hacíamos cuentos y fingíamos escuelitas y representaciones de teatro. Y siempre, siempre a jugar sin cansarme un instante, por más que viera a mis amigas ahitas de tanto retozo y distracción.

Los libros de cuentos me hablaban de poéticos bosques, amplios ríos, misteriosas grutas y jardines inmensos. Yo deseaba verlos y gozarlos. ¡Las montañas coronadas de nieve, los ventisqueros y las cascadas! ¡Todos los paisajes en rosa y gris que mi patria no tiene!

No disfrutar más verde que el del jardín de mi casa, el patio del colegio, el parque de los álamos y las palmeras y el que se ve cerrando las anchas calles del pueblo, ¡oh, no!; yo soñaba con salir sola en un día nublado y muy frío, de aire cortante y sol débil, llegar a las afueras del pueblo y perderme por un bosque de árboles in-

mentos, entrelazados los unos a los otros, a través de cuyo follaje altísimo penetrara el sol sembrando el césped con áureas lentejuelas; bordear un río lleno de lirios morados, nenúfares blancos y cisnes gallardos, hasta donde desbocárase en cascada, junto a la brusca montaña de helados picachos. Y allí, asustada de mi soledad, que me sorprendiera una viejecita jibosa, portando un haz de leña sobre sus débiles hombros; quitarle aquella carga y decirla:— Buena señora, ¿cuál es el camino de mi casa?—Y ella, misteriosa, conduciríame hasta un castillo de gruesas almenas recamadas de hiedra y altivas torres, donde los buhos, las cornejas y las grullas aposentáranse cabalísticamente. Sobre los fosos, revestidos por el enmarañado follaje de las purpurinas rosas, encima del tendido puente y del gallardo corcel blanco, un principito de largos bucles rubios y encarnado traje de fino terciopelo, portaría una bruñida espada, invitándome a compartir su cabalgadura, que yo aceptaba muy agrade-



cida. Y enlazados y felices, bajo las tímidas estrellas vespertinas y los argentados rayos de una hermosa luna amarillenta, llevaríame hasta la entrada del pueblo. Claro está que íbamos comiendo ciruelas y hablando de nuestro brillante porvenir.

¡Pobre chiquilla, ingenua, soñadora!...

Yo iba creciendo y contadas veces me sacaban a pasear por las escuetas calles del pueblo. Suprimido el correr mucho, me cuidaban escrupulosamente. Las horas de arpegios y escalas imponíanseme con rigor. Y mi madre revisaba mis libretas, prohibiéndome la lectura de libros que no fuesen de estudio.

Por entonces comencé a experimentar deseos y ambiciones.

Los libros de cuentos me hablaron también de palacios en la Persia, donde los tapices, alfombras, cojines y muebles eran maravillosos, al par que las piedras preciosas encontrábanse tan abundantes como en las playas los caracoles y las conchas.

Y comparando toda aquella grandeza

que halagaba mi sutil y refinado espíritu de artista, con los muebles de mi casa de caoba estilo Luis XV colonial, tapetes de felpa en colores, cojines baratos, lámparas de cristal y camas de hierro negro, con blancos mosquiteros de tul, bajo los doseles de raso azul o rosa, y la mesa de correderas rodeada de taburetes criollos, junto a los cacharros de cocina de barro y estaño. ¡Parecíame todo tan pobre, feo, vulgar...!

Sin embargo, mi casa era alegre y tenía carácter, adornada con sus pisos de losa y tabloncillo, el patio andaluz, la cocina muy amplia, luciendo el horno de piedra para cocer el pan, el aljibe de bomba en forma de proscenio y los grandes tinajones donde las viajacas y jicoteas nadaban en el agua lluvia, bajo la parra situada frente a la puerta de rústicos maderos.

Al igual que mi casa, encontraba el pueblo de antiguas casonas y umbrosas carreteras, bordeadas de quintas tropicales.

### CAPITULO III

#### Las fiestas pueblerinas.

¡No existen recuerdos más dulces que los de la infancia, por desventurada que ésta sea!

La mía fué sencilla y feliz. Los únicos capítulos diáfanos y saludables de mi vida impetuosa pertenecen a esta época. La población en que se desenvolvía y desde donde escribo estas memorias o confesiones, imitando inconscientemente al insuperable Rousseau, conserva todas las características que le imprimió la colonizante España de Isabel la Católica. Hogares de abundante progenie, poco aseo y succulenta comida. Las casas amplias, de grandes patios interiores. Construcción colonial: altísimas puertas, corredores con ventanas de poyo y salientes balaustres; viviendas

para el recogimiento hogareño desprovistas de comodidades higiénicas.

Las mujeres educábanse y aún educáanse a manera de las españolas distinguidas del siglo diez y ocho: bordar, ir a la iglesia, cuidar las flores de los jardincitos y dar al mundo todos los hijos que tengan a gusto construir los esposos.

Pocos paseos, escasas diversiones, trato absoluto con el sexo contrario. Las damitas eran y son algunas acompañadas por la madre, cuidadosa de todas las distracciones juveniles; hablan con el novio de mecedora a mecedora y frente a frente.

De casadas, hasta que los hijos crecen no tornan a frecuentar sociedad.

La mujer cubana es de carácter dulce y naturaleza delicada; efecto ambas características de la educación que recibe y los ejercicios y alimentos que le propinan durante la infancia: jugar a la comba y las muñecas, comer huevos fritos con arroz y dulces plátanos maduros, poco baño, poco sol, escaso ejercicio, siempre cuidadosa-

mente peinada y calzada, indispensable característica de la niña distinguida.

Yo detestaba esas costumbres, todavía practicadas en este arcaico lugarejo, que denominan población y ostenta escudo.

Desde pequeña hube de pensar que mi casa había de tener otra arquitectura, otro mobiliario más muelle y pintoresco y mis hijos una educación más libre y esmerada.

¡Y a los veinte y cinco años de nacida, no he podido realizar completamente mi saludable deseo!

Los acontecimientos transcendentales que durante el año conmueven la endémica paz de estos contornos, y que de niña sembraban en mi alma la inquietud y el regocijo, eran y son las fiestas del patrono del pueblo. Santiago Apostol, el gallego derrotador de la morisma civilizadora, está representado por una ridícula escultura de madera, montando un pequeño corcel blanco, que magulla entre sus patas encabritadas, el cadáver de un moro.

El santo es llevado en andas por los ne-

gros criollos, que, al compás de la orquesta pueblerina, le pasean balancelándolo rítmicamente, como si el santo les pidiera dirigir, con sus espada en alto a manera de batuta, la marcha triunfal del populacho que decora la escena llevando cirios encendidos.

Delante de la procesión, las niñas, tocadas las montaraces cabecitas con gruesos tules blancos, portan los estandartes bordados de colorines y con santos de papel recortados a las litografías y puestos sobre la seda barata.

Esta fiesta efectúase durante los calurosos días del mes de Julio. ¡Y era de verme de chiquilla, impaciente a las dos de la tarde, contemplando los amenazadores nubarrones que empañaban el índigo matiz de nuestro cielo!

El calor bochornoso y la quietud de las hojas en los árboles, auguraban y pedían la lluvia fresca y bienhechora. Pero yo, al igual que las otras muchachitas del pueblo en fiesta, enramado con palmas y enmascarado con banderitas de múltiples colores y

farolitos chinos, arrodillábame en la última habitación de mi hogar y repetía mirando a las nubes:

¡ San Isidro el Labrador,  
quita el agua y pon el sol!

Al notar que San Isidro no podía escucharme, debido a lo espeso de los nubarrones, tomaba ceniza del fogón encendido, donde se ablandaban los frijoles negros para la cena y se doraban las guineas en parrillas puestas sobre las cáscaras de caña y las hojas de guayabo, y, con aquella ceniza, pintaba cruces en el patio para ahuyentar la lluvia, según la superstición de estos contornos. Mientras, mi hacendosa abuelita, confeccionaba ricos tamales de maíz y empanadas de cerdo.

Al fin el aguacero temido bailoteaba sonoro sobre los tejados, donde abre sus menudas margaritas el romerillo silvestre.

Llovía con sol alegremente. Y cuando la lluvia cesaba, tendiendo el arco iris en el espacio límpido, la tierra húmeda y enroje-

cida, tan ávidamente había apurado el aguacero, que ni una charca enlodaba las calles.

Bajo el alegre repicar de las vetustas campanas, la procesión salía. Y con el corazóncito cerca de mi garganta, impaciente exigía el término del tocado que mi madre hacía me cuidadosa.

La Semana Santa era otra época del año que aguardaba yo con inquietud nostálgica, desde aquel momento en que Santiago Apóstol era devuelto a la urna de su altar.

Estas ceremonias del cristianismo romano efectúanse muy solemnes en la parroquia santiaguera.

Las procesiones recorren las calles durante los días de la pasión y muerte de Jesucristo, representando el pueblo la sublime tragedia del Gólgota: la Magdalena y la Verónica, las piadosas, los centuriones, el Nazareno, la Dolorosa, San Juan y los Apóstoles...

Lector: ¡qué cómica resulta, interpretada por los habitantes de aquí, la sublime



tragedia que ha conmovido a la Humanidad en el transcurso de veinte siglos!

La Magdalena es una niña de nueve años, vestida con un ropón blanco y que lleva los desflecados cabellos rubios tendidos por la espalda. La Verónica viste igual: se cubre la cabeza con un largo manto de tul, y sujeta un lienzo que representa la efigie del Nazareno. Las piadosas alumbran la procesión portando cirios humeantes.

Los apóstoles, transfigurados en risueños pigmeos de seis a ocho primavera, lucen graciosísimos con sus ropones rojos.

Los centuriones, unos negrazos disfrazados, portan largas cañas huecas que lucen en el extremo alto unas marugas rellenas de municiones, y ejecutan al compás de la música gestos cabalísticos frente al Nazareno en andas, que cruza las calles balanceándose a compás, pese a su abrumadora cruz, como su santísima señora madre, la Dolorosa fecunda.

Un detalle curioso para el escritor cos-

tumbrista: los negros disfrazados le llaman *centurión* al palo de la maruga. Ellos considéranse orgullosos portadores del *centurión*... Si el Sumo Pontífice presenciara estas ceremonias, al ser interrogado por algún curioso ignorante, respecto a lo que representan los criollos de la piel bronceada, quedaríase perplejo y cabizbajo...

El viernes de pasión, el cadáver en su ataúd de cristal, suele balancearse menos; pero el domingo de resurrección, cuando aparece Cristo desnudo y con taparrabo de encajes llenos de rosas de papel, ¡cómo baila la ridícula representación del divino poeta Galileo, en la mañana de abril, bajo el cándido cielo primaveral!... Luego, sobre cajones y barriles puestos en las esquinas de las calles, los Judas de trapo rellenos de cohetes y pólvora, para diversión de los alegres chicuelos que les prenden candelas...

¡Oh la Semana Santa!

¡Durante todo el año la deseaba tanto!

Hoy reflexiono, después de haber visto

veinte y cinco veces estas fiestas tradicionales:—Jesús, si a la tierra tornaras y estos aniversarios vieras, ¿qué harías?—Y segura estoy de que Jesús de Nazaret respondería:—¡Señora, volverme a la paz del sepulcro!...

Todas estas fiestas desarróllanse dando el Ayuntamiento absoluta libertad de acción a los garitos de juego. Y es de oír junto a las mesas de monte, puestas en plena calle, bajo ramas de palmeras, el canto del banquero ambulante que dice:

¡A jugar, a jugar, caballeros!  
El juego ilustra y el trabajo embrutece.  
¡A jugar, a jugar, caballeros!

Y en los bailes del sábado de Gloria y domingo de Resurrección, la pléyade de lindas y descocadas meretrices, que traídas por los capitalinos chicos de bien, acuden a mezclarse con las ingenuas y bonitas muchachas del pueblo, deslumbradas por los trajes de luces y los rostros risueños de las muñecas del vicio...

Otro dulce recuerdo de la infancia es

el primer cinematógrafo que ví. ¡Con que frases pudiera narrar la honda emoción que produjo a mi vista la tienda de campaña en el terreno agreste, llena de sillas de tijera y gradas puestas en burros! ¡Oh los primeros fantasmas humanos que pude admirar actuando mecánicamente sobre la sábana blanca, tendida frente a los espectadores, mientras un organillo tocaba un sentimental pasodoble, que decía de caballos destripados, toreros tristes y manolas llorosas!

Aquella primera noche inolvidable me llevó mi abuela. ¡Si fuera posible describir la emoción de la anciana bondadosa y la pequeña sentimental, durante la primera sesión cinematográfica! ¡Mas las grandes emociones resultan siempre indescriptibles!...

## CAPITULO IV

### Los primeros ensueños.

Por aquella época mis padres me mandaron a matricular en el más antiguo y reputado Conservatorio de Música que tiene la capital.

Acompañada de mi abuela, en un ómnibus o guagua tirado por cuatro mulas, nos transportábamos a la urbe capitalina todos los lunes y jueves por la mañana.

La carretera añosa la ensombrecen las copas de los árboles, entrelazadas de una a otra orilla. Las quintas de recreo y sembradío sucedense cercanas a los pueblecitos a donde los acaudalados habaneros, del tiempo de los quitrines y las volantas, iban a veranear.

Y al regreso de las clases, ocupando yo uno de los asientos libres que tenía el vehículo sobre la escalerilla trasera, disfru-

taba de mis ensueños más embriagadores, olvidándome de los viajeros, bajo la sugestión del atardecer, cuando nuestro sol jubiloso traspone los umbrales del ocaso purpurino, sobre la inmensurable turquesa donde se deslizan las nubecillas rosadas.

— Mis ensueños preludiábanse así:— Pasarán pronto los años infantiles. Terminaré mis estudios. Seré una talentosa joven, elegante y bonita. He de hallar fácilmente al caballero del amor.

¡He aquí los ensueños!

En uno de los más fértiles terrenos por donde cruza esta legendaria carretera, ya casada con el señor de mis ilusiones, mandaríamos a fabricar una linda mansión de piedra berroqueña, con dos torres medioevales. Las ojivas del edificio lucirían arcaicas vidrieras, esmaltadas en Brujas por algún célebre colorista flamenco. Y al iluminarlas el sol de los trópicos, llenaríanse las habitaciones de un arco-iris romántico. Trepadoras madreselvas y jazmines, decorando las paredes externas, ascenderían

hasta los torres, donde las blancas palomas y los gárrulos gorriones difundirían su progenie.

En el parque, los arrogantes pinos y los esbeltos palmares, junto a los copudos laureles y los floridos flamboyanes. Las diamelas y los nardos perfumando las avenidas, donde los flamencos y pavorreales pasearan su majestad. Bajo grutas de musgos y helechos, las fontanas, lindas tazonas de alabastro, sobre las cuales el busto de un fauno regaría por la eglógica siringa, los hilos de intáctil cristal, saltando desde las tazas hasta las violetas y el toronjil de los canteros, donde los bancos de piedra invitarían al descanso, bajo la sombra de los bambúes y cipreses que ocultaran a las ninfas inmóviles.

Dentro de la mansión el más artístico hogar. En el salón de invierno tupidas alfombras persas. El estrado del siglo XVI, hechura española. Altas butacas de ébano con terciopelo encarnado y diminutos esca-  
beles. En un ángulo, junto a un hermoso

gobelino, una consola y un diván de bronces áureos, la una portando candelabros del renacimiento, y el otro tapicería gualda con amorcillos entre coronitas de miosotis. Junto a la ventana de tupido cortinaje oriental, el piano de cola luciendo el echarpe de Cachemira y un vaso de jade lleno de rosas. Sobre la piel de un oso blanco la tallada banqueta. Luego la vitrina de palisandro incrustado de plata. En ella, camafeos griegos, abanicos nipones, dagas moriscas, joyeles bizantinos. Sobre dos trípodes etruscos los jarrones de porcelana: el uno estilo Ching, el otro Tsing. Y del mitológico fresco del techo, la araña de cristal de roca, cuyos reflejos jugarían por el alegórico friso de bronce y el zócalo de lapizlázuli. Después la salita privada, puramente tropical. Esterillas de junco sobre los mosaicos del piso. Unas otomanas y mecedoras circundando la mesita de té, adornada con un búcaro de Sevres lleno de nardos. Las cortinas de tules bordados con espigas de maíz y largos lirios. El pa-



raván de raso verde, mostrando ciervos y faisanes, y detrás del cual ocultárase el amplio y muelle diván de perfumados cojines. Las paredes vestidas con acuarelas y guaches. Un mantón filipino cubriendo un clavicordio. El caballete de pintar y la mesita de califato árabe, portando el ánfora morisca para poner los pinceles. En un ángulo del balcón, asomado al jardín, la pequeña estantería llena de libros primorosamente encuadernados. La cornisa luciría una vieja mantilla de Alencón, un violín arcaico y célebre, un Cristo de marfil y una Venus afrodita. Al frente la mesa escritorio de caoba tallada en espirales y el amplio sillón de rejilla. Sobre la mesa una pantalla de Guelft, los bustos de Homero, Dante, Shakespeare y Víctor Hugo; el cenicero de oro, la petaquera esmaltada, las boquillas de ámbar y marfil con aros de rubíes, diamantes y esmeraldas; el relojito de bronce, representando la cuádriga del Tiempo tirada por las Horas, entre la escribanía de ágata y las plumas de ganso. Del techo

colgarían policromos farolillos japones. Y el bastidor de bordar luciría el tendido terciopelo donde las perlas y el oro figuraran un paisaje, al transportarlas mis manos desde el costurero de sándalo al dibujo primoroso, con la cooperación de las agujas de platino, y el dedal incrustado de granates.

¡Oh! En aquel santuario mi alma derramaría su perfume, mientras la vida fuera pasando imperceptiblemente.

Lector: No pienses que mis confesiones o memorias van a ser un texto de Arte decorativo. ¡No! Es que para darte la visión exacta de mi personalidad, no puedo evadir este capítulo.

Debido a lo minucioso y recargado, puede parecerte inverosímil; realmente, yo entonces no podía precisar la calidad y el valor de los objetos, pero es ciertísimo que todos eran elegantes y exóticos. Hoy, al describir el ensueño decorativo, puedo indicar la procedencia de los componentes.

Si la muchachita precoz se abismaba en

detalles accesorios, era debido a su naturaleza casta y gusto refinado.

Al finalizar este capítulo, explicaré donde adquirió ese refinamiento cosmopolita.

De la sala privada, saltando por el amplio corredor interno, donde los cuadros lucían entre candelabros y sobre las estatuas y palmeras, dejaba la biblioteca, el cuarto de costura, la habitación del niño y me detenía en mi alcoba. Ancho tálamo de cedro formando una carroza. Muelles colchones de pluma y sábanas de lino bajo los cobertores de seda roja salpicada con plateadas flores de lis. Largas cortinas de encajes auténticos bajo el damasco del dosel encarnado. Un escabel de plata para subir al trono de Morfeo. Y todo el piso alfombrado con terciopelo granate, por donde yo pudiera caminar descalza y en transparente ropón de noche lleno de lazos y encajes, como una diminuta Venus que pasara sobre la superficie de un quieto lago de rubíes, envuelta con espumas neblinosas. La mesa de noche portando revistas francesas y el can-

delabro de rosadas velas. Color de viejo marfil el estuco de las paredes. El ventanal cubierto de sedañas y superpuestas muse-linas en tonos tiernos: rosa, verde, anaranjado y violeta. Y junto a la erguida pantalla de tenue luz rosada, bajo la capelina de antiguo encaje inglés, un amplio diván propicio al encantamiento y la meditación.

Luego venía el tocador: tapicería egipcia, fondo verdemar y figuras en dorado, negro y bermellón. Largas lunas venecianas en marcos de plata. La coqueta de sándalo envuelta en puntillas y ruedos de encajes Valenciennes aprisionados entre guir-nalditas de menudas rosas. Las otomanas entre jardineras llenas de gladiolos. Un guardarropa de seis hojas para guardar las batistas, los brocados y terciopelos, las pieles y encajes. Dentro de un barqueño italiano, los abanicos, las joyas, los perfumes y tarros de cremas, los cofres misteriosos... Seguido al tocador, el baño de mármoles rosados, las repisas de cristal con los frascos de sales, jaboneras y cepillos. Un pe-

betero babilónico regando espirales odoríferos. Dentro de la marmórea y negra bañadera, dispersos en el agua, suaves pétalos de rosas purpurinas.

Además de todo lo descrito, y olvidándonos del comedor suntuoso, donde las vajillas de Ruán, Guelft, Sajonia y bacarat compitieran con la plata repujada y los adornos de Talavera, tendría la mansión del ensueño una cocina pintoresca, toda de mosaicos florentinos, repisas de jaspe, armarios de cristal, donde la vajilla de loza y esmalte relumbrara sobre tapetes blancos, y en cuya ventana colindante al jardín, cantara en su jaulita de oro un canario inquieto y dieran su perfume, desde las macetas de barro, el geranio y la yerba buena, los claveles y el toronjil.

¡Qué belleza! ¡Qué plácida y exquisita suntuosidad! ¡Qué carácter tan bonito tendría el nido de mis ensueños! ¡Qué delicado y suave! ¡Cuán artístico y acogedor!

Las tardes grises, después que hubiera discutido los figurines con la costurera, y

confeccionado algún exquisito pastel en la cocina, para obsequio y satisfacción de mi esposo, iría hasta el jardín a cortar las flores más lindas, transportándolas hasta las jardineras del tocador y el centro de la mesa de comer, al par que mandara de paseo al niño de los bucles rubios, acompañado del aya francesa, apergaminada y ceremoniosa. Irían en un cupé charolado, que manejará un bien parecido mulato, el cual vestirá bomba y chaqué negro, para manejar los corceles blancos.

A continuación tomaría el paradisiaco baño. Y terminada la sencilla labor del tocado: polvos en las mejillas, una larga trenza terminada en bucles, la que caería hasta mis corvas, y un rizado cerquillo sobre la frente pálida. Luego, el costoso vestido de brocado crema con reflejos áureos, donde las blondas en cascadas lucirían laticos de terciopelo violeta pálido. Traje muy largo, aballenado el talle, descote atrevido, cortas y ahuecadas mangas, larga cola y alto polizón.

Después calzaría mis pies cubiertos con medias lilas, con chapines de raso amarillo y hebillas de brillantes.

Perfumando un pañolito, adornaría el lóbulo de las orejas con las dormilonas de amatistas circundadas de diamantes. Y de una gruesa y corta cadena de forma cilíndrica, sujetaría a mi cuello un relicario esmaltado.

En el anular, una sortija de la misma hechura que las dormilonas, y en el brazo derecho un camafeo italiano.

Minutos después, al piano sentada, olvidando el pericón de Malinas y la novela romántica, preludiaría una canción criolla, sentimental y ardiente. Y de improviso, cuando aun el eco de mi voz vibrara en el aire, correría hacia el ventanal de las madreselvas, porque de un gallardo alazán el galope avisábame que mi adorado había traspuesto la cancela colindante al camino.

El vestiría pantalón a rayas, chaqué azul marino, chaleco de seda y elegante bomba, que sentara primorosamente sobre

aquella bizarra figura de cabellos negros, y menudas patillas dividiendo las orejas de las sienes.

Llegado aquí, saltaba de un ensueño a otro como lógica transformación de mi espíritu variable, fértil e inquieto. Y decíame:

También tendríamos, para variante de un vivir tan dulce, un bohío de guano con taburetes de cuero de buey, catres de lona, cacerolas de barro, platos de hojalata y sábanas de Irlanda; y de vez en cuando iríamos a pasar allí unos días excéntricos.

Vestiríamos los trajes típicos guajiros. Mi esposo: guayabera cruda, pantalón de yute, zapatos de baqueta, sombrero de guano, machete al cinto y pañuelo de seda. Al par que yo: una falda llena de volantes, una chambra de puntas, un chal rojo y flores de saúco en el cabello.

Haría yo nuestra comida: carne de puerco frita, boniatos, ñames, yucas y plátanos, frijoles negros y harina de maíz.



De merienda: tamarindos y mangos. A todas horas: fuerte café carretero.

Y mientras mi marido, fumando su tabaco, tocara la bandurria, yo desde la cocina cantarí­a las coplas ardientes.

¡Unos días nada más esta existencia! Pero, ¡qué agradable dentro de nuestro confort y qué delicioso retornar a él transcurrida la breve y amorosa tregua!

.....

Tengo que advertir, que cuando yo soñaba estas escenas, ya los automóviles iban sustituyendo a los coches, los camiones a las carretas y carromatos, la falda estrecha y corta hacía tiempo que había ocupado el trono del polizón, las muselinas y el raso la preferencia de los olanes y brocados, el moño a la trenza y las cocas a los cerquillos. El abanico de diario era pequeño y sin valor. Y las mujeres aprendían a mecanógrafas y taquígrafas, en lugar de hacer labores de aguja y platos de repostería.

Por tanto, mi ensueño en aquel instante resultaba de un anacronismo inocente, mucho más para cuando pudiera efectuarlo, que sería nueve o diez años más tarde.

Todo ello era producto de las láminas en acero, copias de cuadros famosos, que admiraba, durante los días pluviales que preconizan el invierno tropical, en las "Ilustraciones Artísticas" de la España del 1840. Y de los retratos de mi madre, que la representaban de soltera, vestida como yo soñaba vestirme. Ella tenía el tipo clásico de la criolla distinguida. Y la fotografía despertábame fuertes deseos de parecerme al difumino.

¡Otro agravante que agregarle a mi desproporcionado ensueño!

¿En qué fundaba yo esos ideales de paz bucólica, dulce bienestar, amor sublime, vivir de tiernas alegrías y belleza inefable?

Mi familia estaba pobre. El pueblo de Santiago de las Vegas era y es humilde

población de tabaqueros, donde se desconoce la pulcra limpieza y la elegancia de mansiones y moblaje. Aquí todo es feo, sucio, descuidado y pobre. El caballero elegante, distinguido y culto, ¿de dónde había de llegar?

¡Oh poder ensoñador! ¡Tú sólo puedes crear ambiente y personajes en las tiernas cabecitas de sublimes locuras!...

.....

Como corolario simpático a mis desproporcionados ensueños, redactaré una característica anécdota de la localidad perezosa y liberalísima, donde florecieron mis desequilibrios.

Al sociólogo, este pueblo sorprendería con su atrabiliaria idiosincrasia.

Ciudad española, constituida por honorables colonizadores, que debido a los frecuentes asaltos de la piratería inglesa y francesa al puerto de la Habana internábanse hacia las afueras capitalinas, escogiendo esta planicie por lo alta, fértil y sa-

ludable, para ciudadela, donde quedáronse instalados en hermosas quintas dedicadas al cultivo del tabaco y el café.

Las familias reprodujéronse, cruzaron sus apellidos, y con el transcurso de los años diezmaron y descendieron de capitalistas amantes del buen vivir, a bohemios enamorados de la vagancia. Y así que terminó la guerra de la independencia, esta desgastada, inteligente y abúlica sociedad imaginóse que los cubanos habían establecido la república soviet. Y muchos de los descendientes de familias intachables, próximas a la extinción, pretendieron abolir el calendario, el código civil y la iglesia, considerada como pozo del analfabetismo y la explotación.

Estos precoces bolsheviques constituyeron un hogar y una familia, despreciando la sanción y autoridad que la ley delega en los jueces y los clérigos.

Y llegado el nacimiento de los vástagos, inventaban el nombre despreciando los conocidos.

Diéronse repetidas veces casos como el que voy a describir :

Fernando Oruga, caballero bilioso y original, contrajo matrimonio con su novia, una bondadosa joven de familia honorable y humilde. El matrimonio resultó una ceremonia de votos de mutua confianza y cariño, expresados ante la concurrencia de los familiares. Al año siguiente, habiendo tenido descendencia el señor Oruga, recurrió irremediabilmente al Juzgado, para la inscripción del primogénito. Al preguntarle el Juez qué nombre le ponía, él respondió prosopopéyico:—¡ Exprofeso!— El secretario del Juzgado y los escribientes miráronse comunicativos, mordiendo la carcajada en sus bocas contraídas por un rictus hilarante. La más alegre risa estalló al marcharse Fernando Oruga.

Pasó el tiempo. Un día volvió al Juzgado aquel original buen hombre, y contestando al interrogatorio del Juez, dijo:—Se llamará Decepción.—¿Cómo le vas a poner

ese nombre a tu hija? ¿E estás loco, Fernando?—arguyó el interrogante.—Poniéndoselo. Yo he sufrido una decepción al nacer hembra ese fruto de mi vida. Los pobres no deben de tener hijas—replicó terminante y convencido.

Dos años después reaparecía de nuevo por el Juzgado, y los habituales escribientes, le saludaron sarcásticos.—Y bien, Oruguita, ¿a éste qué nombre le vas a poner?—preguntáronle con sorna.—¿A éste? ¡Estulticia!—Hombre, no; ¡qué locura llamarle a una hija Estulticia!—replicó asombrado el juez amigo.—Sí, señor mío, es una estulticia tener más de dos hijos cuando se vive pobremente.

Pasó largo tiempo sin que Oruga acudiese al Juzgado, cuando una mañana reaparece ante las chanzas de los empleados que divertíanse con las características de persona tan original.

—¡Hola, Oruguita! ¿qué te trae por aquí?—díjole aquel juez simpático tan be-

névolo para las originalidades de la población.

—¡Ay, amigo Fernández, por aquí me trae una gran desgracia! Me han dado un hijo más.

—¡Vamos! ¿Y cómo ha sido eso?—interrogó sonriendo el secretario.

—¡Casualidades malévolas! ¡El Destino quiere burlarse de mí!

—Bueno, Oruguita, bueno, eres un hombre provechoso. ¿Y cómo le vas a llamar a este buen inesperado?—agregó paternalmente el anciano juez.

—Se llamará Secuela.

—¿Cómo has dicho?—interrogó mirándole por encima de las gafas?

—¡Secuela! — repitió el estrafalario Oruguita.—Y hasta los infolios de los escapatès, sacudiéronse de risa.

Terminando les añadiré, que más tarde, el joven Exprofeso tiróse a las paralelas del ferrocarril, quedando convertido en una tortilla. Decepción, a los quince años, decepcionada, tragóse unas pastillas de bi-

cloruro pereciendo en pocas horas. Estulticia paséase por las calle de la población; y Secuela, se cuela en todas partes el último vástago de tan singular familia.



## CAPITULO V

### Adolescencia.—El primer novio

Del capítulo anterior a éste ha pasado un año. Y nuevamente destruída la paz del caserón pueblerino, tomo a describir mis remembranzas juveniles.

La saleta penumbrosa y fresca, al comenzar estas narraciones, adornada con repisas de libros, cuadros y mecedoras, más las tinajitas de viejo barro sembradas de albahacas que adornaban los esquineros y la mesa escritorio; la saleta penumbrosa y fresca, repito, donde comencé a hilvanar estas memorias, luce transformada en despallito, plena de barriles y taburetes, entre los cuales trabajan algunas jovencitas santiagueras. Así, pues, cuando está vacía de gente, sírveme para reanudar los recuerdos que despertaron, al abrigo de la vieja casona cariñosamente rehabilitada y ahora inva-

didada por el mareante aroma del tabaco, al metamorfosearla en pequeña tabaquería.

Deshecho también el saloncito de los múltiples cuadros y cerámicas, donde muchas veces dialogué a solas los párrafos de estas confesiones, recostada en la chaise longue, plena de cojines, libros y cigarrillos, entre búcaros de rosas.

Ha pasado un año. Y estoy enferma de cansancio y desesperanza, en contraposición al contenido raudal de aspiraciones y proyectos que necesito realizar... Soy una luchadora de espíritu fuerte y cuerpo delicado. A través de un velo gris recuerdo analíticamente mi adolescencia melancólica.

Y llegaron las trece primaveras con sus bosquejos emocionantes e incomprensibles. El azogado cristal de mi alcoba fué enseñándome bellezas que demostrar e imperfecciones que corregir. Y la pequeña traviesa, sentimental y testaruda, cambiósese en una jovencita que, a ratos, cantaba picarescamente, abriendo mucho al reír su boca grande y roja, donde brillaban los enton-

ces cuadrados y brillantes dientes; o bien recitando lírica entornaba los ojos morunos y expresivos, color de tabaco, en contraste con la tez pálida y tersa y los cabellos bronceados.

Escogí los peinados más convenientes a las líneas de mi rostro; estudié algunos gestos; escuchaba mi voz depurando el timbre hasta notarlo melodioso y expresivo. Las revistas de modas y las anécdotas sobre mujeres célebres, eran para mí lo más interesante de la vida. Sentía un culto profundo por la belleza. Quería ser bella. La vejez me inspiraba un horror inclasificable. La vida elegante y distinguida era la única que comprendía. El dolor, la miseria y la muerte me llenaban de espanto. Quería ser artista. Cantante de ópera. Adoraba mi voz de soprano lírica. Mi piano era el único confidente espiritual a quien hacía entrega absoluta de mis ansias y emociones. El amor al hombre se me presentaba como un hermoso misterio. Tenía adoradores. Ellos eran muchachos estudiantes

que me admiraban candorosamente. Pero yo sentía el ansia de agradar a los hombres hechos, de mucha más edad que yo. Esos no me hacían caso. Jovencita, de buena familia, graciosa y honrada, no me prodigaban los piropos que mi secreta coquetería clamaba imperiosa.

Tuve amoríos. He aquí los primeros: Una tarde otoñal, de aire seco, sucia polvareda y empañado crepúsculo, el hijo de un rico joyero de la Habana me regaló un abanico primoroso. Por la noche, en la tertulia de la casa donde estaba parando al ir por una temporada a la capital, satisfecha lucía el regalo, cuando la hermanita del chico galante, una niña muy linda, llegóse junto a mí y, contemplando el abanico, me preguntó curiosa:—¿Dónde lo compraste?—Me lo regaló tu hermano—le contesté.—Y con acento airado, exclamó malcriadísima:—¡Atrevido! Ese abanico es de mamá. Ayer, día de su santo, le regalaron algunos, y él seguramente le ha llevado éste.—Indignada le devolví con la

hermanita el sustraído y despreciado abanico. El jovencito, lleno de vergüenza, se marchó a su casa situada al doblar de la de mis amigos, para darle a su bondadosa mamá las quejas respecto a la hermanita, si no más mimada, tan consentida como aquel chico prematuramente sensible y espléndido. Cuando tornó con el abanico devuelto a mí por la doncella de la señora, yo coqueteaba inocentemente con otro enamorado más simpático y menos obsequioso; juntos cantábamos el dúo de los patos, muy aplaudido por los tertulianos, jovencitas y jovencitos.

A las once de la noche, cuando los visitantes se despidieron, el joven de la casa, feúcho de quince años, estudioso y amable, me llamó aparte y me dijo:—Sube a la azotea y verás a Felipe y a Julio cómo se dan trompadas en la esquina. Eran los dos rivales.

Al día siguiente, cuando por la tarde me acompañara la criada a la estación ferroviaria de Concha y Cristina,—hoy depó-

sito de trenes,—encontré a mis dos enamorados que acudieron a despedirme con dos ramos de rosas rojas, comprados a los floreros del barrio. Ésa tarde había en el paradero o estación de los ferrocarriles, una señora de edad y un jovencito de catorce años; ella y él atraieron mi atención entre todos los viajeros.

La madre y el hijo se amaban respetuosamente. El jovencito era correctísimo con su progenitora, y ésta delicada y maternal con el hijo de presencia rústica y agradable, que vestía un flusecito verde musgo y sombrero y abrigo del mismo color.

En el pueblo Calabazar bajaron del tren. Allí la locomotora hizo larga parada. Y les ví dirigirse hasta una casita de mampostería, sombreada por la fronda de una gigante bugainvilia, que junto a los bambúes del río se levantaba romántica y bonita, recubierta de ramos morados y tupido follaje obscuro, bajo la luz dorada y

el cielo azul turquí, a los pies de las aguas verdes, recamadas de musgo y helecho.

---

Tardes después, asomada a la reja de mi casa durante el crepúsculo lloviznoso y sangriento, ví cruzar por la acera de la calle donde vivo, al jovencito de la poética vivienda. Mi corazón latió apresuradamente; mis ojos se nublaron; una loca alegría retozó melancólica por mis nervios. Estaba enamorada del doncel verde musgo, pues vestía el mismo traje.

A la noche del día siguiente fué presentado en mi casa. Canté las romanzas más dulces con la voz más armoniosa; esquivaba el mirarle sonrojada sin saber por qué, y mis cualidades artísticas desarrolláronse visiblemente desde aquella noche inolvidable.

Prometida otra visita, el día en que había de efectuarse compuse mi casa con todo primor, utilizando los recursos del ingenio para cubrir inconvenientes. Las más her-

mosas macetas del jardín las transporté a la sala de recibo, donde la más pulcra limpieza proclamaba su presencia. Los tapetes de crochet con tejidas cintas formando lazos cubrieron las mesas y mecedoras, y reemplazando en las rinconeras los flores que desbarataran mis hermanas pequeñas, unos pomos de encurtido envueltos en papel tapiz lucieron las matizadas hojas de malanguetas, espigas de helecho y perfumadas rosas.

Esa noche hubo menos canto y música; pero más conversación. Pude notar que aquel adorado jovencito era gago corto de alcances y vulgar, desconsoladoramente vulgar.

Luego recibí postales, piezas de música, ramos de gardenias, hasta que llegó el momento difícil y definitivo. Fué una noche de fiesta pueblerina. La calle de mi casa estaba llena de gente. El jovencito acercóse a mi reja y me llamó. Yo acudí tembándome las piernas. Y él con voz indecisa y opaca, me dijo:—Toma, Gisela; por



favor, coge mi carta.—Me puse pálida; mis ojos nubláronse; la vergüenza y el temor enmudecían los labios y paralizaban las manos mías. Mi madre estaba cerca. Yo sentía un respeto considerable hacia ella.—Toma la carta, por favor, te lo suplico—profirió el enamorado tembloroso.—Y viendo que yo no hacía movimiento alguno, tiró la epístola a mis pies. Le puse presurosa el zapato encima. Él se fué. Miré y, como nadie me observaba, doblándome recogí del suelo la cartita con sobre cerrado, y presurosa la escondí en el seno, tras la blusa de aquel trajecillo de blanca muselina, donde llevaba prendido un ramillete de violetas.



## CAPITULO VI

### Las vacaciones.

Han pasado cuatro días y torno a hilvanar las remembranzas del ayer. Estuve enferma. La canícula en esta casona, donde se hacen y guardan los tabacos de mi fábrica actual, resulta insoportable. El sol calcina el cemento del patio y recalienta los dormitorios, donde se guardan los tercios de yaguas, plenos de manojos olorosos y mareantes. Los guardarropas están hartos de *brevas* y *cazadores*, *coronas* y *conchas*, *panetelas* y *londres*. En el saloncito las rústicas mesas llamadas *vapores*, con los primitivos taburetes de cuero. En la saleta las mesotas de escoger y encajonar, las prensas y los envases de oloroso cedro. Durante el día el estulto bullicio de los tabaqueros: jaranas, bromas, choteo; abreviando: conversación hilarante y acéfala.

Pero aislándome de tal ambiente, torno a sentir el ingenuo y artístico placer de narrar literariamente los recuerdos más queridos de la primera juventud, cuando a la puerta del estío tengo que despedirme de la rosada primavera para siempre, para siempre...

¡Oh, qué distraído es recordar!...

Aquella primera cartita de novio copiada de un libro epistolar, fué para mí susceptible y tímido amor primero; un aguacero que marchitara el neófito capullo del alma enflorificada.

A la madrugada, cuando los gorriones trinaban al unísono revoleteando sobre los granados del jardincito, aun envuelto en cendales rosa el astro matinal, más perfumantes las diamelas que, simulando un esmeraldino brazo engarzado de joyas de marfil, penetraban por el abierto postigo de la ventana perteneciente a mi dormitorio, despeinados los bucles rubios, descalza y en ropón de noche, sentéme al escritorio y, en un pliego azul pálido, compra hecha días

antes en espera del acontecimiento inevitable, redacté una carta de precoz literatura, muy ajena a las confesiones del corazón. Y de aquel amor tan deseado, que al ser correspondido evaporábase como un hada ensoñadora, no quedó más que aquella cartita literaria, primera manifestación de poetisa en la núbil ególatra.

Tres días tardé para darle al primer novio la carta leída y releída por mi más íntima amigueta, profundamente enamorada del chico, a quien yo había dejado de amar así que supe me adorada. Aquel primer amor había penetrado tan repentino y forzado, que al abrir en mi alma una honda brecha, el contacto con el fondo le repelió hacia fuera, quedando el hueco para cuantas veces Cupido deseara enviarme sus dulces dardos. Tal vez si aquel primer amor hubiera sido menos vehemente, hiiriendo tan sólo los tiernos bordes de mi corazón, hubiera perdurado más largo tiempo; mas al irse repentino hasta el fondo

acerado, el choque le repelió, plegándose mi alma como una sensitiva.

Después de varios días en que recorrió la carta todos mis libros de música, viajando de la Habana a Santiago de las Vegas, para sufrimiento de la bondadosa amiga mía, que enamorada estaba del despreciado galán, al fin, una noche se la entregué al impaciente, mientras él me daba la segunda, que, arrepentida e inquieta, tomé por delicadeza. No le contesté. Vino la tercera. Entonces le mandé por correo una breve misiva suplicándole que me olvidara. Le huía. No me asomaba a la ventana para no verle junto a la esquina o evitar que llegase a mi reja a pedirme explicación. Cuando iba al parque a pasear daba las vueltas al revés de su persona; si venía por un lado, torcía yo por el otro; si me cortaba el camino partiendo por el centro, entonces me marchaba para casa.

Fuí de paseo por un mes a la Habana y, cuando volví, él ya no estaba en el pueblo. Era el verano. Habían comenzado las va-

caciones. Y había muerto mi primer amor verde musgo. Dos amiguitas de la capital, la una estudiante de medicina y la otra profesora de piano, de diez y seis y diez y ocho primaveras, habían venido a este lugar a vivir alegremente las fugaces vacaciones. Como yo había ganado nota de sobresaliente en los exámenes de piano, mis padres me concedieron bastante libertad para divertirme. Y las tres juntas organizábamos paseos fantásticos, desde las cinco de la mañana hasta las once de la noche, en que caíamos en la cama rendidas de cansancio, tostadas por el sol.





## CAPITULO VII

**Las Ninfas de la Laguna.—  
El fantasma de la vieja Patri-  
cia y el cura Tiburcio monta-  
dos en el burro.**

Mi pueblo es lo menos veraneable. Situado en lo alto de una fértil planicie, de roja tierra y rica vegetación, que derrocha todos los tonos cromáticos del verde, ascendiendo del claro tapiz verde plata que muestran las campiñas de espartillo, al verdegay de los cañaverales, el verde musgo de las plantas trepadoras, el verde esmeralda de los mangos y nísperos, hasta el verde noche de las palmeras arrogantes: ese nuestro árbol simbólico, erecto como una columnata, que termina en un plumero de múltiples y anchas hojas desflecadas, penumbrosas, bajo los rayos del sol, hasta donde parecen querer subir, como aristocráticas princesas de los trópicos, aquí en

la divina esmeralda de las Antillas, reinas del trono verde múltiple, a donde llegan a cantar las olas del Atlántico y el Pacífico, bajo un cielo de incomparable porcelana.

En esta fértil planicie, junto a las verdes lomas que surcan unos riachuelos, está la población de Santiago de las Vegas, de anchas calles empedradas, con aceras de cemento de dos metros y medio de ancho; calles que reverberan bajo el sol fecundo que achicharra las viviendas coloniales de rústicos tejados rojos, portones y anchas rejas asomadas al camino y patios interiores, donde los naranjos y granados, las higueras y los jazmines, prestan sombra y frescura a los dormitorios ebrios de luz o tenuemente soturnos.

Santiago de las Vegas es una población construída por los colonizadores vegetativos. Nada invita en este pueblo a vivir activamente. Sus alrededores fértiles y llanos, las campiñas ardorosas bajo el sol brillantísimo, invitan al reposo del vivir sin esfuerzos. Por tanto, nosotras, espíri-

tus cosmopolitas, criollas que amábamos, debido a la ascendencia europea, los paisajes bruscos y las medias tintas, escogíamos para nuestras expansiones juveniles las horas más tiernas, el amanecer, el atardecer y las noches de cielo aterciopelado, pleno de capullos rutilantes, donde la luna aparece como un arqueado pasador de ámbar; o esas otras de claridades plateadísimas, en que finge el espacio un tapiz de bloques nevados, por donde un disco de ágata se desliza entre pliegues cambiantes.

De mañana, cuando los sinsontes deslíen sus trinos en los álamos de la carretera, nosotras, vestiditas con trajes marineros, tendidas las trenzas hasta la cintura, mi compañera portando la enfundada mandolina y yo un libro de versos latino-americano; la una morena, de ojos morunos y cuerpo venusino; la otra rubia, de rostro hebreo y formas de tanagra, nos dirigíamos hasta el flamboyant que abre su cúpula de purpurinos capullos, llovidos constante-

mente sobre el suelo alfombrado de pétalos sangrientos.

Este flamboyant es el centinela rojo del aldeano cementerio. Junto a las tumbas de mármoles blancos, humildes y tétricos; entre las flores rústicas, níveas y amarillas; bajo un chirimoyo cuajado de frutos, nos sentábamos a descansar. Mi amiga tañía las cuerdas de su mandolín y, a los acordes de las criollas que llenaban el aire de armonías dulcísimas, mi voz desgranaba los versos apasionados de un cantar meloso.

¡Qué dulces, ingenuas y puras éramos nosotras!

Educadas en hogares pobres, de familias amantísimas, eran nuestras madres recatadas y laboriosas, nuestros padres honrados y soñadores, y nosotras frutos de amor y ensueños irrealizados, savia de la honradez plena de melancólicas tristezas y anhelos ardientes. Si alguna mala pasión brotaba en el espíritu de aquellos patriarcas abúlicos y aquellas matronas delicadas,

la dulce monotonía del vivir a plena luz, agostaba esas florecillas que los errores humanos abren como hongos enfermizos en las almas candorosas que los trópicos producen.

---

Una madrugada, en que después de la lluvia nocturna, la niebla evaporábase bajo un sol tierno que abría los cálices endulzando las pomas, mi amiga y yo salimos a cometer un gran delito, el más censurable para nuestro medio ambiente: íbamos a realizar el primer secreto que ocultaríamos a nuestros queridos padres. Íbamos a bañarnos en una laguna, a las afueras de la población; laguna perteneciente a la finca de unas amiguitas nuestras, límpida laguna que cercaban los guayabales y ciruelos.

Entre inocentes risas y con un impudor casto y saludable nos deshacíamos de nuestra indumentaria; aun calzadas, pero desnudas, sujetábamos con orquillas las trenzas por encima de la cabeza, cuando la sir-

vienta de la finca, una bonachona vieja negra que vigilaba los alrededores del baño, se acercó diciéndonos: — ¡Muchachitas! ¿Utedes no tené mieo a bañase en isa laguna? Anhí sahogó la vieja Patrisia y el cura Tibusio montao nel buro.—Asustadizas nos cubrimos con las tohallas y, sonriendo, le rogamos que nos contara la espeluznante historieta. La negra, sacudiendo su delantal de cretona, y anudándose el pañuelo blanco sobre la frente, por donde aparecían unas pasitas de plata, dijo así, mientras encendía su tabaco con una cerilla que sacó de una caja escondida tras la chambra de organdí blanco, dibujado de rositas negras:

—Yo va hacé cuento.

Ansí Vds. sabé. Patrisia, camalera del del Santo José que Señor tenga en santa Gloria, era fea ma que un relámpago noche ocuresía. Una mañanita la pecaron uno mulatos pecadores de eta laguna. Meses indipué, en el tiempo que la yierba tapa toíta laguna, el párraco Tibusio, de güelta de

una finca a donde había dío dá la etramausión a uno guajiro adinerao, le epantó uno relámpago el animá, y fué a tené este sitio, aundiéndose sina tiempo pa na naitica, pa naitica. La gente disí fué Patrisia que llamó Tibusio, tamien disí entoavía que toítas la noches salen montao nel buro y quiel buro lucí una lusesita colorá. Yo po sí po nó, aquí bañá nunca, aquí no viena de noche ansí me andieran la dinero de to la mundo.

Concluyó el cuento la negra vieja del charlar supersticioso, y Florinda, presumiendo de valiente, quitóse a toda prisa las sandalias y, agarrándose a las ramas de un ciruelo, se deslizó en el agua límpida y verduzca, donde crecían los nelumbios morados y nadaban unos patos. Sumergióse lanzando alegres gritos bajo la impresión del frío delicioso, diciéndole a la negra que cómicamente asorada reía escandalosa:— Conque vieja, aquí se bañaron Patricia y Tiburcio, montados en borrico, ¿no es verdad?—Y yo le gritaba dando saltos:—

¡Flora, Flora, que te agarra el cura y te muerde la vieja! Sal del agua, sal del agua, que esta laguna tiene brujería!—exclamaciones que la hicieron reír a carcajadas llenando el aire de músicas cristalinas.

La negra se marchó a prepararnos el desayuno en la inmediata casa de vivienda. Yo corría desnuda sobre la campestre alfombra muelle y limpia, bajo los mangales llenos de fruto, donde revoloteaban los alegres y diminutos tomeguines y los eclesiásticos totíes. Saludaba al sol débil, sintiendo el airecillo fresco que secaba mi cutis trasudado por el ejercicio de la danza bajo la sombrilla de las frondas, junto a las aguas espejeantes que nos copiaban desnudas y virginales.

De improviso un trueno estrepitoso rasgó las nubes con su cinta roja y nos llenó de tal pánico que, temblando y repentinamente enlazadas, nos vestimos a toda prisa para volver a casa bajo las gruesas gotas de la lluvia inoportuna.

Ibamos a regresar por la carretera, evi-



tando el enfangarnos los zapatos en el campo de labor donde los surcos lucían las retoñantes simientes, cuando de pronto, al saltar la tapia de piedras vestida de rosado coralillo, bejucos de cundiamor y encarnadas maravillas, topamos con un toro descarriado de la manada que un gañán conducía hacia el matadero; presas del más escalofriante pánico rodamos por la tapia, lastimándonos con las piedras, pero ágiles como si fuéramos de caucho; trepamos a un algarrobo dando gritos espantantes que asustaron a la res prontamente enlazada por el matarife.

Así concluyó nuestra primera y única censurable aventura. Así realizamos aquel gran secreto de nuestra hermosa juventud.



## CAPITULO VIII

Homenaje a Florinda. — El vestido sin estreno.—Muerte de mi mamá.

Mi espíritu es una redoma, donde el fuego de la vida depura mis más nobles sentimientos, al par que va evaporando los vulgares y los innobles.

Momentos desagradables de mi casta infancia recuerdo muy pocos: una escena entre mamá y papá cuando yo contaba cuatro años, en que a la hora de sacarme a paseo, vestida y peinada como una muñeca francesa, notó mi padre que la cola de su chaqué había desaparecido. Mi mamá, cansadísima de verle hacer el ridículo en el pueblo, presumiendo de elegante en aquel sitio vulgar, y de acaudalado siendo pobre, decidió cortarle la cola al chaqué. De más está decir que mi distracción aquella tarde

consistió en llorar mucho porque me sacaran a paseo, consiguiendo solamente que me acostaran al obscurecer sollozando desconsolada.

Otro desagradable recuerdo: la triste agonía de un hermanito gemelo de nueve meses, agonizante al caer de la lluvia nocturna, mientras las moscas del estío y las hormigas, que acuden a las camas de los enfermitos infantiles atraídas por el dulce de las medicinas y alimentos, molestaban a la infeliz criaturita exangüe, de lindos ojos negros y dorados rizos.

Pero la más inquietante de las escasas y tristes remembranzas, ha sido siempre el hurto de dos pesos que le hice a mi abuela para comprarme juguetes. Mis padres obligáronme a devolverlos a la juguetería, recuperando el dinero. Penitenciáronme tras la reprimenda. Lloré mucho, avergonzadísima, pero al poco tiempo torné a reincidir en tan inexplicable falta. No se dieron cuenta mis padres. Sufrí con las angustias del presentido descubrimiento, una

depuración espiritual muchos más efectiva que el regaño. Y desde entonces no volví a tomar lo que no me pertenecía, burlando la confianza o aprovechando la ocasión.

Aprendí a venerar la propia estima después de cometido el fraude que mis padres por siempre ignoraron.

Aquel dinero sustraído a mi abuela no sabía dónde esconderlo ni cómo gastarlo. Y la angustia de que me lo encontraran o de que sospechasen de mí, bañaba de sudor mi frente y enfriaba mis manos. La primera vez cupo el arrepentimiento y la disculpa de: "inocente, no supo lo que hacía; creyó que el dinero se tomaba sin permiso para gastarlo en lo que deseara." Pero luego, conocedora del deber, ¿cómo excusar mi falta? Comprenderían mis perversos instintos: ¡era una niña ladrona! Y esta frase sonaba en mis oídos como un campañillazo que, nublando mis ojos, encogía mi espíritu.

Decidí, pues, no tomar nunca lo ajeno burlando la confianza o el permiso. Nece-

sitaba sentirme noble y no soez. Era preferible carecer de todo a tenerlo mal adquirido. La satisfacción de mi conciencia érame más grata que el hartazgo de los sentidos. La conciencia pide siempre acciones puras. Los sentidos exigen la satisfacción de sus deseos. La conciencia triunfa cuando es mayor que los sentidos; si nace más pequeña, ellos la cubren; así el delincuente no es culpable: la Naturaleza es quien comete los delitos, y, para ser juez, necesitamos estudiar sabiamente sus leyes inconmensurables.

Si a la felicidad y perfección humanas es más conveniente la conciencia que los sentidos, en la inteligencia del hombre está el secreto de extirpar los unos y engrandecer a la otra. ¿Y acaso seremos felices?

El hombre de instintos desarrollados y conciencia raquítica, encuentra su felicidad en aquello que resulta desgracia para su antítesis. Luego la suprema sabiduría parece consistir en la sencilla revelación de proceder cada cual como Dios le ha hecho.

Y suprimir la crítica y el castigo es la única conclusión satisfactoria; o bien, que depurada en el caos del dolor, la Humanidad llegue a regirse por un solo modelo. Todos seríamos iguales, uniformes, en materia, inteligencia y sentimientos. Y entonces, ¿no resultaría monótona y aburrida la existencia humana? Todos bellos, nobles, inteligentes, ¿cómo sabríamos que tales éramos? Acabaríamos por convertirnos en supremos estúpidos. Y el aburrimento extirparía la raza humana más rápidamente que las más cruentas y super-refinadas guerras de progreso y civilización.

Yo reflexiono que el error de Jehová no consistió en haber hecho del barro al hombre y de una de sus costillas a la mujer. El error estuvo en haber puesto frente a ellos la serpiente. El delito, por tanto, no lo comete el hombre, sino Dios. Bellos y feos, buenos o malos, no conoceríamos los mutuos defectos e imperfecciones si careciéramos de juez o espejo donde reconocernos. El instinto de conservación y la

satisfacción de vivir nos ampararía mutuamente.

Pero seamos justos: Dios es tan grande y bueno, que quiso al darnos la vida, hacérsola llevadera. Y para distracción y encanto de los humanos, hizo brotar el árbol de la sabiduría, prohibiéndonos comer los frutos del bien y del mal, al mismo tiempo que nos obsequiaba con la tentadora serpiente.

Yo aseguro atrevidísima, que Dios, aburrido de su omnipotencia, se arrancó una costilla e hizo a Satanás, pues, único en el espacio infinito, necesitó tener con quien discutir y compartir sus maravillosos dominios.

Conclusión: el error es la simiente de la sabiduría. Todos nuestros errores, al fructificar en tierra fértil, dan frutos hermosos y saludables; si en terreno estéril, cardos y ortigas. La manzana del Paraíso fué la primera poma del error. La sabiduría no sirve para nada: nos entretiene. La sabiduría es, por tanto, el entretenimiento



supremo de todos los mortales. Cuando llegamos a poseerla completamente ya no podemos utilizarla. Por eso resulta siempre seductora.

Todas estas conclusiones inconclusas me llevan a divagar hasta el extremo de ver a la Naturaleza en los comienzos del Génesis, cuando en la Nada comenzó a formarse y desarrollarse. La veo como una gran matrona deseosa de procrear; así pues, estrujándose las entrañas inconmensurables, concentró sus varias substancias, que fermentadas las unas con las otras, produjeron al Dios progenitor de todos los mundos en el conyuntamiento cosmogónico. El quiso reconocerse y, para el efecto, creó a Lucifer; mas luego, celoso de su madre y esposa, le prohibió el contacto procreador con ella. Desde entonces la Naturaleza, como hembra al fin, soporta a Dios y ama a Lucifer. Ambos discuten el privilegio. ¿Cuál triunfará? Ninguno. El día en que las cosas dejen de ser como son, la Vida universal habrá muerto. Y ella es la única

inmortal. Sus partículas perecen, para en la eterna transformación asegurar el equilibrio del Universo indescriptible.

Resolución: que la Naturaleza ya está decrepita y Dios muy viejecito, aunque fuerte y atrevido como un hermoso Anacreonte. Lucifer es el único joven. Por eso no ama a la ubérrima y hoy estéril señora, pero envidia la supremacía de Jehová. Algunos millones de siglos le quedan por vivir a estos supremos errores de la Nada.

Mis divinos anhelos irrealizables de hembra poetisa, consistieron en la ultrahumana locura de poder subir alíjera, desnuda, sana de cuerpo y espíritu, perfecta como una Venus griega e inaccesible y brillante como el fulgor de los luceros, en las noches de negruras aterciopeladas. Ascender hasta la cumbre más altiva de la tierra, entre las mieses y la lumbre de los volcanes, y allí cantar a plenos pulmones, deshilando mis cuerdas vocales en los giros de la atmósfera. Cantar un hosamna a la vida perpetua que ha brotado del seno de la Natu-

raleza en el caos de la Nada, donde Dios ha regado los mundos y Lucifer ejecuta sus piruetas.

Y mi anhelo sublime va desangrándose día a día, al roce del escalpelo con que la realidad corta sus venas. Mis libros son las rosas que voy regando sobre su tumba lírica.

Cristo sobre las verdes aguas del Tiberiades, en la esmeraldina Galilea recubierta de flores y coronada de nieve, fué el espíritu sutil de los nenúfares que dialogaban con las estrellas. Y entre ellos y ellas hubo una escala de amor y poesía: la divina figura de Cristo, quien, regando su doctrina, perfumó los mundos con el hálito sublime del amor eternal. He aquí cómo he comprendido la trilogía mitológica del "Padre, Hijo y Espíritu Santo".

¿Por qué al escribir, para placer de mi psíquis y homenaje de mi amor a la Gloria, estas ingenuas y románticas confesiones de la sencilla primavera, abren en mi cerebro

tan emocionales divagaciones, ajenas al orden de mis relatos?...

---

Florinda organizaba una velada en el teatro principal del pueblo a favor de su persona. Habíamos estudiado números de música y recitaciones; llenaba yo varios números del festival.

Gran entusiasmo teníamos, cuando mi mamá, una noche al ir a cenar, nos confesó encontrarse indispuesta: estaba febril y se cubría con un amplio mantón de seda blanca. Recostóse en el diván de cedro y rejilla que llenaba un ángulo del saloncito; sus pequeñas la rodearon; la jimagüita de año y medio lloró hasta dormirse junto al seno de la dulce enferma que ardía en fiebre. Un sobresalto angustioso apoderóse de mi espíritu. En los trece años que contaba de nacida, era la primera vez que yo veía a mi madre enferma. Aquella noche nos habló de la orfandad.

Para la fiesta de Florinda me confec-

cionaba un trajecito azul turquesa de muselina y encajes; iba a ser el primer traje que, bajando sobre las rodillas, cubriría mis piernas respetando aun los tobillos. El vestido quedóse sin concluir: mi mamá tomó cama, la fiebre devoraba su organismo; en otro lecho de otra alcoba, mi abuelita sufría la rotura de una pierna. El hogar se puso triste. Mi padre no trabajaba. La prima, loca, desequilibraba el desatendido hogar. Los nenes lucieron descuidados. Mi transformación de niña en jovencita iniciábase bajo una atmósfera de tempestad. ¡Pobre primer capullo de un rosalito pueblerino, me veía amenazado por las gélidas garras de la tormenta! ¿Soportaría el aluvión hasta que saliera el sol alegre de los días claros?

Agravóse mi mamá. La noche de la ñesta me suplicó fuése a llenar mi cometido. La pobrecita gozaba con mis triunfos escénicos, por aquel entonces muy favorablemente comentados, al ser yo reconocida como una gran actriz en miniatura.

Una mañana en que pareció mejorar, escribí una carta amistosa dirigida a un compañero de la infancia, enamorado que había regresado de un colegio de los Estados Unidos. Le mostré y leí la carta a mi bella mamá; ella sonrióse y, cuando salí de su alcoba, llamó a nuestro padre y ambos comentaron el estilo, las aficiones literarias y el temperamento artístico que comenzaba yo a revelar. Un secreto orgullo acarició mi espíritu; una honda emoción bañó mis ojos con lágrimas de ternura.

Mamá rápidamente agravábase. A los quince días el tífus había clavado su destructora garra en la dulce y linda mamá. Se moría. La madrugada del veinte y seis la oí despedirse de mi padre. Desde mi dormitorio, colindante al suyo, escuché su voz musical y ví su figura blanca sobre el revuelto lecho. Le pidió a mi padre que vistiera la cama con la ropa del día de sus bodas, lindo juego de hilo bordado de rosas, donde habíamos dormido todos sus retoños a los pocos momentos de nacer.

¡Cuánto, cuánto lloré acostada en mi lecho, mordisqueando la almohada para que los sollozos no llegasen a los oídos de ella! Imploré con tal concentración de los sentidos a la imagen del Todopoderoso, que le ví junto a mi cama envuelto en su manto escarlata y su barba de nieve. Y le hablé como una ilusa:—¡Oh tú padre mío, Dios eterno y bueno, salva a mi madre tan pura y tan tierna que tanto nos quiere, que tanto la necesitamos! ¿Qué será de nosotros sin una madre? ¿Qué será de nuestro hogar sin ella? ¿Qué será de mí? ¡Huérfana, huérfana!—Y este vocablo taladraba mi pecho desesperadamente. Hice promesas absurdas: andaría descalza; vestiría un hábito de la caridad durante dos años; iríamos a misa todos juntos; fabricaríamos una capilla en nuestra casa; ¡la mar de imposibles absurdos! Y por toda respuesta a mis proposiciones, en prueba de fé, veíala inválida en un sillón de ruedas nuestra siempre activa madre, idiota o loca por los estragos del tífus; y me decía:—Sí, sí

Dios mío, de cualquier forma, pero viva, viva, que la pueda besar y demostrarle lo que la quiero y devolverle, con mi afecto, mi gratitud de hija.

Me levanté de la cama reprimiendo los sollozos, y envalentonada por la penumbra que la ténue luz de una lámpara cubierta con un papel de china vertía sobre su lecho, acudí junto a ella y le hablé de curarse, de médicos, medicinas y casos análogos en que el paciente salvábase. Ella me pidió que la curase, que la llevara a aquellos doctores de mi fantasía. Después me dijo que solamente Dios podía hacerlo en un compasivo milagro. A continuación señalaba una sombra que veía junto al espejo del vestidor, diciéndome:—¿La ves? ¡Viene a buscarme! Tiene dos caras. ¿La ves? ¡Huye, hija mía! Ella viste de blanco. ¡Vete, no la mires!

Salí de la alcoba con el corazón desgarrado. En el comedor, mi padre calentaba café; le reñí por inconsciente y despreocupado. En ese momento sentí un desprecio



lacerante hacia todos los hombres: ¡él no sufría como yo por la enfermedad que le arrebató para siempre a la madre de sus hijos y a la compañera ejemplar!

Me senté en el quicio de la puerta callejera. Amanecía. Las despalilladoras, envueltas en chales de lana y seda, acudían a los talleres; las estrellas borrábanse tras los tintes de la aurora; los gorrones piaron alegremente: la naturaleza nos parece más clara y brillante cuando el dolor clava sus garfios o la alegría nos besa.

Así que las musicales campanas de la iglesia católica llamaron a misa, yo, provista de un velito negro y llevando a ocultas el cirio de mi primera comunión, acudí hasta el altar de la Caridad del Cobre y, de rodillas, oré fervorosamente alucinada. Al abandonar la iglesia, en el atrio, encontré una estampita que representaba al Nazareno; la recogí guardándola en mi pecho. Torné a casa y oí que el médico de la familia procuraba consolar a mi conmovido padre. Yo tomé dos copas de agua para

ahogar mis sollozos. Fuí a verla, deliraba; encendí otra vela corta y gruesa en un desván lleno de muebles viejos y desbaratados al fondo del jardín y, deshecha en lágrimas, fuíme a casa de una señora amiga, a la que le pedí me prestara un peso.

La jovencita cuidadosa y presumida llevaba los cabellos despeinados, el rostro descompuesto por las lágrimas y el vestido de warandol, una chaquetilla a la marinera sobre la faldita de anchos pliegues impudorosamente desabrochada. Tomé una guagua, un ómnibus de las carreteras, pues la lluvia del mediodía comenzaba a caer en gruesas gotas. El auriga me contempló sorprendido; yo le dije con voz entrecortada por los sollozos:—A casa de doña Lola la curandera. ¿Sabe usted donde vive?—Aquel hombre ordinario y salvaje se conmovió.

Al ruido de la lluvia torrencial, corría la diligencia entre árboles frondosos y enlazados. La única viajera lloraba impaciente por llegar. En el vecino pueblo del

Rincón, algunos habitantes nos informaron que la curandera estaba de paseo en la finca de una hija, cuyo terreno colindaba con la carretera de San Antonio de los Baños, hacia donde iba el ómnibus. Junto a la portada bajé la escalerilla del vehículo transportante. El auriga rehusó el importe de mi viaje.

Atardecía. El sol brillaba jocundo tras de la lluvia refrescadora. De la portada de la finca hasta la casa de vivienda, un bohío de tablas con techado de guano, había cuadra y media de terreno fangoso. Llegué a la casa llevando los zapatos reblandecidos y enlodados; al pasar me saludaron ladradores y amenazantes los perros famélicos.

—¿Doña Lola está?—pregunté llorosa y valiente.

—Sí, señorita; pero no recibe después de las tres.

—Joven, por favor, yo le suplico que la llame; quiero consultarla; mi madre se está muriendo.

La guajirita quincena, desaseada y hermosa, fué a llamar a su abuela. Se presentó despeinada, en pantuflas llenas de lodo y echando flores negras por la boca desdentada.

—¡Señora, por piedad, que se muere mi madre y usted solamente puede salvarla!

—Chiquilla. ¿no sabes que no curo ni a Cristo padre después de las tres; que para hacer curas necesito estar en ayunas y que ahora voy a ingerir los primeros alimentos del día? ¿Quién tú eres, de dónde diablos vienes, a qué desgraciada familia perteneces, dí, responde?

Satisface su curiosidad: le dí todos los detalles más precisos y exactos. Me conocía. Le guardaba rencor a mi padre por haberla despedido de casa en una cura que hiciera a un hermanito mío; consideraba a mi abuela y, debido a ello, probaría de curar a mi madre.

Entramos. Mandóme sentar en un taburete mientras ella tomaba otro que alrededor de una mesa de pino había. Se re-

concentró en sí misma por breves momentos moviendo la cabeza negativamente varias veces y, de pronto, me dijo:—Has llegado tarde, chiquilla. Tu madre está agonizando. No puedo hacer nada. Luego dirán que no curo. Acuden a mí a última hora. Todo depende de un milagro. Dios dirá.

Sugestionada pasé yo a una habitación llena de paja de maíz seco, techada con guano; sobre el piso de hormigón un catre lucía una sábana de cretona roja; en un barril por donde correteaban familiarmente los ratones y las cucarachas, ardía un candel.—¡Desnúdate!—me dijo imperiosa. Rápidamente cayó la ropa a mis plantas.—¡Acuéstate!—volvió a decir con voz de mando. Temblando y poseída de un fervor inocente cerré los ojos, y musitando una plegaria, caí sobre la colcha por donde las chinches paseaban. Vómitos, contorsiones, expulsión de gases, quejidos salvajes tuvo la curandera mientras estrujaba mi vientre con sus dedos llenos de grasa. Después

me dictó una larga receta de cocimientos que se confeccionaban con yerbas medicinales difíciles de hallar al instante. Por último, tomó un pomo con agua y, colocando una toalla sobre mi cabeza, lo volvió con el gollete sin tapa sobre mis cabellos tapados; el líquido permaneció sin derramarse, pero mi cabeza, violentamente sacudida por las toscas y ganchudas manos de la bruja, sufrió un tortícolis.

—Tu madre tiene pasmo. Corre y hazle los remedios en seguida si quieres mejorarla. Yo creo imposible su salvación; pero corre, tal vez Dios haga un milagro.

Llena de confianza, calmada por la cura estulta, olvidando los dolores de mi cuerpo estrujado tan despiadadamente, corrí a la portada dándole gracias a Dios por que me permitía salvar a mi madre someténdome a tan duras pruebas. Una dulce angustia inundó mi espíritu. Dejé de llorar.

Anocheceía. En un coche que pasaba con pasajeros al Rincón, pedí que me permitiesen ir en el estribo. Después el co-

chero dejó a los transeuntes en la estación ferroviaria y me condujo a Santiago, previo ajuste de viaje y conocimiento de causa. Yo continuaba en el estribo. Tal era la inquietud e inconsciencia que me dominaba. Al cruzar el coche los arrabales del pueblo me tiré del estribo corriendo a mi casa desenfrenadamente. Me parecía que aquel jamelgo llegaría menos pronto que mis piernas ágiles. Entre desahogada, y sin fijarme en el número de amistades que llenaban mi hogar, corrí al dormitorio de mi madre a manifestarle la cura para saber si notaba la mejoría. Mi mamá agonizaba. Se lo conté todo de rodillas, brevemente:—Mamá, doña Lola te ha curado, estás salvada.—Ella me miró con los ojos velados y dulces; un segundo me habló con la mirada, pues la parálisis invadía sus miembros.

Me sacaron de la habitación. Débiles y largos quejidos llenaron la alcoba. Yo insulté a todo el mundo, por incrédulos. Me sentaron en la saleta. Minutos después dos

gritos desgarradores levantáronme automáticamente: eran mi padre y abuela que lloraban enlazados junto a las pequeñas huerfanitas. Mi madre había muerto. Fui hasta su habitación como una sonámbula. Una vecina le quitaba el anillo de matrimonio; yo extendí mi mano izquierda y me lo puso en el anular: desde el dedo hasta el corazón y el cerebro un latigazo eléctrico durmió toda esa parte de mi cuerpo. La miré, estaba pálida, la tez de porcelana, rojos y húmedos los labios, abiertos, rasgados y brillantes los ojos, lustrosa la nariz hebrea, exangües las manos, largas y finas como dos lirios desmayados sobre el seno que iba helándose. Sus dos largas trenzas color de cobre, color de tabaco, descendían hasta las rodillas. Un sudario de lino enrollaba su cuerpo grácil de figulina maternal. Volví a mirarla y el espanto dilató mis pupilas coagulando las lágrimas.

Una querida amiga me arrastró más bien que me sacó de la cámara mortuoria y me llevó a mi alcoba. Fué tal la impresión



que había recibido, que caí sobre la cama sin conocimiento y en mis alucinaciones deseaba morirme. Cuando desperté, amanecía. Una consoladora sensación de inconsciencia levantó mi cuerpo sobre aquel triste cuadro. Olor de cirios, éter, rosas mustias, ruído de gorriones, de comadres enlutadas, de pequeños huerfanitos que preguntaban por la dulce mamá muerta. . . Lloré, lloré desconsoladamente.

Me levanté. Todas las rosas que lucían los rosales del patio, al corte de mi tijera cayeron sobre una canastilla. Y en la tapa del ataúd, las pequeñitas huérfanas regaron las corolas que adornaban el jardín hogareño.

Han pasado trece años. Hoy, como entonces, me desgarran la idea de que aquella madrecita no estaba muerta.



## CAPITULO IX

**Ama de casa y pequeñita actriz.**

Llegó el invierno con sus días lloviznosos, de seca polvareda y airecillo cortante. Mi casa estaba helada. Las niñas extrañaban a la dulce desaparecida; notábase la ausencia de la tierna madrecita, más que a todas horas, al anochecer, cuando, terminada la cena, reuníanse junto a su balance, para escuchar los cuentos y acompañar las canciones infantiles, que la mamá bondadosa les enseñaba.

Yo me hice ama de casa en pocos días. Lo cambié todo. El orden de los muebles; los hábitos caseros. Registré los armarios de la ropa blanca, reconociendo mis ocultos deseos de ser mayor de edad. Y olvidada de mis estudios, leía devoradoramente novelas de Alejandro Dumas y Víctor Hugo.

Mi imaginación, de por sí exaltada, llegó a su más alto grado de sugestión. En la alcoba de mi madre, los muebles ocupaban los mismos lugares, y nosotras cinco quisimos dormir, después de fumigada, repartiéndonos: las dos del medio en la cuna, en el tálamo sagrado la pequeña jimagüita, y yo más la penúltima junto a nuestra buela.

La alcoba la tapicé con fotografías en acero, tomadas de cuadros célebres existentes en los museos del Prado y del Louvre. Y un día mi abuela me sorprendió extendida en una estera, sobre una docena de cojines confeccionados con el plumón que guardaba ella según iba matando los pollos del gallinero, y con los retazos de seda de que me había provisto al deshacer unos miriñaques de raso negro y violeta.

En aquellos días creí ver y sentir a mi madre. Una mañana, mientras ejecutaba al piano difíciles arpeggios continuando la costumbre impuesta por ella, escuché rozar la cola almidonada de su traje de casa sobre las losas del piso. Un atardecer, peinán-

dome frente al espejo de su cuarto, ví transfigurarse mi rostro en el suyo y mi cuerpo momentáneamente crecido, figurando una sombra blanca.

Pasó algún tiempo de esas naturales alucinaciones. La sociedad pueblerina, organizando un cuadro de declamación, nombróme primera actriz. Yo tenía catorce años y mis compañeros, de ambos sexos, contaban seis o siete lustros de nacidos.

Inaugurada la compañía, organizamos excursiones por los pueblos vecinos, ciudadelas, villas y villorrios. Las representaciones efectuábanse la noche de los domingos. Por la tarde dirigámonos al designado lugar, los hombres en ómnibus y la mujeres en la victoria del Ayuntamiento, o Casa Consistorial, tirada por cuatro caballos blancos. Después venía lo jocoso. El público masculino más capacitado de la localidad que visitábamos, esperaba deseoso conocer a la celebrada primera actriz. Ésta llegaba de incógnito. Como vestía por la rodilla y llevaba los cabellos cogidos

con rizadores, escurriase, pasando por una chicuela, por entre los futuros admirantes que aguardaban el arribo de la actriz vista sin reconocerla. El pícaro y gracioso galán joven de la compañía los engañaba, riendo la ocurrencia.—Ella viene más tarde; llegará en un automóvil.—En tanto yo a toda prisa me transformaba en el improvisado camerino, hecho con unas tablas y unas colchas. Vestíame una entalladísima princesa, traje así llamado y muy de moda entonces, propiedad de la elegante señora del médico de mi pueblo. Calzábame unos zapatos de tacones elevados que me hacían padecer a la mañana siguiente dolor en los músculos de las pantorrillas; y por último, peinaba los rizados cabellos en un alto moño que levantaba mi estatura. El director de la compañía, persona respetable y muy simpática, decorábame el rostro con el auxilio del carmín, los polvos de arroz y los corchos quemados.

Un gracioso detalle que señalar: el busto y las caderas improvisábalos con papel de periódico. Así ataviada presentába-

me en un palco, y el Alcalde, los doctores: médico, farmacéutico y abogado; más los jóvenes góticos, acudían a saludarme, deshojando a mis plantas las frases típicas de los criollos.

Después, durante la representación, declamaba con armoniosa vocecita de falsete, mientras sufría la sugestión de las candilejas frente al público engañado. Y al terminar la fiesta, a ocultas transportada hasta el asiento del coche, iba devorando, presa del hambre más delicioso, un pedazo de flauta con jamón o carne asada, bajo la luna llena del invierno cubano, tan dulce y amarilla, como un redondo panal de ricas mieles. Dormíame al vaivén de la victoria, entre la quietud solemnísima de los algarrobos, laureles y flamboyanes, ensombrecidos con el tinte nocturnal; y el gélido airecillo de la madrugada hacía encoger tanto, que siempre desaparecía, debido a los baches del camino, alguna prenda de mi adorada mamá, rodando por el estribo.

Por aquellos meses, una extraña y tris-

te melancolía comenzó a nublar-me el espíritu, y mi cerebro hilvanaba historietas creando personajes. La vida, al desarrollar mis facultades, despertaba mis apetitos; y así adornábame cuidadosamente el cabello, ceñía los trajes al cuerpecito gracioso, procurándole a mi cara una expresión característica y original de muñeca intangible y deseable. La sugestión cubría-me constantemente con ese rosado tul que tamiza la cruda realidad y hace más bello el humano vivir.

Yo me creía de buena posición debido a los equilibrios que mi noble madre, cuando vivía, hizo; mas éramos pobres, dolorosamente pobres. Abrumado papá con la desaparición repentina del baluarte más fuerte que nuestro hogar tuvo, faltándole la columna más necesaria, se dejó conducir por su carácter abúlico, vanidoso y débil. Y desde entonces el hogar confortable resquebrajóse, la miseria tocó a nuestra puerta. Y mi privilegiado espíritu despertó en ese medio ambiente intoxicante y anulador.



Sufrió. Pero los ensueños bajaron en bandadas a distraer la realidad con la sugestión de lo que mis fuerzas representaban.

Comencé a escribir una novela que titulé "Rosa, o la hija de las flores". La trama inverosímil y romántica era un anunciamiento de mi vida futura: el ser inconsciente presentía lo que más tarde sucedió.

Un sencillo maestro dábame clases de aritmética y pretendía prepararme para el Magisterio; pero yo, así que terminaba la clase, leía los capítulos confeccionados al calor de la fiebre inspiradora y le hablaba de mi voz de soprano, de la figura teatral, de los futuros éxitos y ganancias. Quiso hacerme el amor, más bien expresado: quiso jugar con la niña fresca. Diplomáticamente le despedí. Era un buen maestro y una intachable persona. Él me profesaba consideración y aprecio; pero mi loca juventud le había embriagado unos instantes al encontrarse sin testigos junto a la muñequita frívola y sentimental.

Mi vida hacíase difícil. Disgustada con el hogar tan pobre; observando mal trajeadas a las niñas; las impertinencias y desarreglos de la prima loca; el doloroso estado de la abuelita cariñosa; los desequilibrios de papá, y aquel ambiente pueblerino miserable y vanidoso que me anonadaba. Sentíame superior al medio; experimenté el desagradable contacto; padecí la distancia entre aquél y mi persona preparada para otra vida.

Llegaba la hora del amor. Cupido sonaría sus crótalos en el aire abrileño de aquel páramo, donde abriríase mi corola. Las nubes me parecieron más ténues, la luz más delicada, el sol más brillante, las flores más hermosas. Y la naturaleza cantó su epifanía en el fondo de mi alma, conmoviendo todas las fibras del sutilísimo sistema nervioso, al par que aterciopelaba la epidermis del cuerpo sazonado. Me gustaba correr bajo las umbrías, galopar a caballo, bañarme en aguas perfumadas, mirarme desnuda en los espejos, hacer músi-

ca en el piano, cantar con el alma a flor de labios y escribirle cartas originales y exóticas a un extraño personaje de leyenda que me amase apasionadamente. Deslumbrar, seducir, ese fué mi secreto. ¿De dónde llegaría el caballero Lohengrin? ¿Quién sería el hermoso Romeo? Hombres incultos, jóvenes bien parecidos que escriben sin ortografía y visten fluses relumbrantes y corbata bien puesta sobre un ajuar interior descocado y barato. Muchachas despalladoras, bien calzadas y peinaditas, que comen sobre las losas del fogón sucio, servidas en platos de hojalata; feminas que duermen en camas rotas, desaseadas y sin colchón, y se bañan una vez a la semana. ¿Podían ser ellos y ellas mis pretendientes y mis amigas?

Aislábame. Era una inadaptable. Envidiada e incomprendida. Mi simpática bondad hizome llevadera una vida insostenible. La ventana mía era el balcón de los mejores partidos que la localidad ostentaba. El doncel arrogante cantó allí sus en-

dechas; el joven estudioso colocó las flores del patio pueblerino; el artista novel desgarró las más ardientes súplicas. Y a todos dulcemente sonreía, coqueta, la figulina nerviosa y original. Adoráronme. Y yo les quise a todos por igual. Eran el único encanto de mi desolada existencia.

Lirio de las cumbres nevadas, tirado en las arenas del desierto. Los reptiles y los insectos llenaron el cometido de las águilas y las alondras. La flor de las brumas vivía entre los rayos cegadores. A vecinábale el amor. Un hálito de poesía lo anunciaba. Y apareció desolador y tétrico, ardiente y desgredado, como el paraje donde naciera.

En casa de un viejo amigo anarquista, entre los filosóficos sarcófagos de brillantes clavos que adornaban la rústica sala del hogar fúnebre, desplegó la inteligencia mía los bellos resplandores de su alborada leyendo a Max Nordeau y a Zola. Aquella frívola mujercita fué un capullo del más convincente y sincero comunismo. El amor

brotó con la lluvia que las polémicas relumbrantes vertieron sobre mi arada inteligencia. El maestro, tipo exacto del apóstol ácrata, vehementísimo y desilusionado, vió arder la flecha de Cupido en el corazón de aquellos discípulos: la niña que viera nacer y reconocía genial, y el joven de treinta, enfermo y neurótico, rimador del sentimiento y amante de la estrofa lírica. El uno víctima de los placeres y ensueños capitalinos, y ella una exótica flor provinciana.

El idilio que surgiera entre sarcófagos tendía el vuelo hacia el jardín que poetizaba la fúnebre vivienda. Era un hermoso jardín tropical: abarcando triplicado el terreno de la casa, los rosales como arbustos cuajados de rosas, los jazmineros perfumantes, las menudas clavellinas, la trepadora y umbrosa madreSelva surgiendo del mullido césped rodeado de polícromos cagigales y alfombras de violetas, erguidos mirasoles, enmarañados crotones y aralias, embriagadores galanes, murallas y naran-

jos, lirios frágiles, granados graciosos y elegantísimas palmeras.

El doncel era alto, delgado, ancho de hombros, corto de cuello, largo de piernas y brazos, pequeñísima la cabeza de pobres cabellos rubios, ancha frente surcada de arrugas, azules pupilas investigadoras, gan-chuda nariz, boca grande y pálida sobre la saliente mandíbula: el tipo exacto del me-fistófeles meditabundo y socarrón. Ella era todo bullicio y melancolía, de líneas graciosas, piel saludable, abundosos cabellos, labios purpurinos y brillantes, ojos en-soñadores y risueños.

El contraste produjo aquel amor atra-biliario y enfermizo, de acuerdo con el am-biente que lo alimentaba.

## CAPITULO X

El primer traje largo y el primer baile.

Efectuábase la fiesta bailable en el vecino pueblo de San Antonio de los Baños. Era un baile de bandos: azul y rojo. El azul componíase del elemento cubano: doctores, obreros y políticos. El rojo lo integraba el comercio español. Un distinguido grupo de jóvenes adinerados dirigía la recepción. Iban ellos de frac y ellas de muselinas y sedas azules o rosadas. Bailaron un rigodón a la manera señorial del siglo XVIII. Yo había cumplido quince años. Desde la hogarina casa que habitaba el abogado principal, salíamos las parejas del bando azul en cochés enguirnaldados de follaje y rosas, entre los estremecedores acordes de la orquesta.

Cuando aparecí en el salón de la casa

donde nos reuníamos, un murmullo de simpatía y elogios envolvió mi persona. Escuché varias exclamaciones halagadoras y desconsolantes. Por una parte oía:—¡Qué jovencita! Parece una muñeca. Está bien vestida. Original. ¿Quién será su costurera?—Por otra escuchaba:—¡Qué ridículo resulta presentar en sociedad a una chiquilla disfrazada de muchacha! ¡Vaya un traje estrafalario! ¡Parece una litografía! ¡Cabeza de usted en cuerpo de tú! ¡Oh estas niñas amujeradas qué ridículas resultan! ¡Y son las que se llevan a los hombres!...

Esto me puso triste.

Yo vestía un traje de raso color perla, estilo imperio, talle muy corto, larga falda ceñida al cuerpo y al borde una cenefa de miosotis azules entre follaje verde, pintura primorosa de mi padre. Al frente, la guirnalda subía hasta el hombro izquierdo, terminando en la espalda, junto al talle, el que aprisionaba una cinta de tisú plateado cayendo hasta el borde del vestido. El atrevido descote dejaba ver una garganta nú-



bil. Lucía un peinado romano con hilos de perlitas al frente y en el moño. Guantes de cabritilla hasta el antebrazo, y un abanico de marfil donde se leía el nombre de Gisela dibujado con miosotis. Todo esto cubriase con un abrigo de cachemira blanca bordado de terciopelo y grandes botones de menudas perlas.

La jovencita parecía un ensueño. El joven de la casa, calavera simpático y buen mozo, la denominó "su princesita azul". Y al entrar en el baile, repentinamente interrumpido por los acordes del himno nacional, entre la numerosa comitiva de parejas, una dulce angustia invadió el espíritu brillante de la jovencita, que sentía correr las lágrimas desde los rasgados ojos hasta el terciopelo de las mejillas y la sangrienta pulpa de los labios.

—¿Qué tienes, te sucede algo?—le preguntó solícito el compañero de baile.

—Me acuerdo de mi madre. Llévame al tocador. Me siento muy triste—dijo ella amargamente.

—¡Gisela, eres muy sensible, románti-

ca y extraña! ;Cálmate, niña mía, nenita linda! ;Mira que alegre está el salón y cuántas parejas dichosas! ;Ríete; bailemos! Mujeres menos bonitas, menos elegantes, procuran divertirse. ;Y tú, capullito de belleza y buen gusto, lloras en los momentos de risa! ;Si pudiera, muñequita romántica, me bebería esos lagrimones tan lindos con un beso larguísimo, como si estuviera tomando el rocío de una corola! ;Ven, vamos a bailar! ;Mírate al espejo, ríete! ¿Aceptas una copita de licor?...

Y por el salón luminoso, enlazada al agradable calavera, bailó con el alma oprimida por una dulce nostalgia, la muñequita que aquella noche estrenaba su primer traje largo.

La bonita pareja, bailando artísticamente, recogió admiraciones. Y al desfilarse junto a los cristales azogados del salón en fiesta, contemplábase satisfactoriamente.

Días después, Mefistófeles extendió su capa de fuego y de brumas encima de la blonda Margarita, mientras ella contaba frente al espejo las perlas de su existencia.

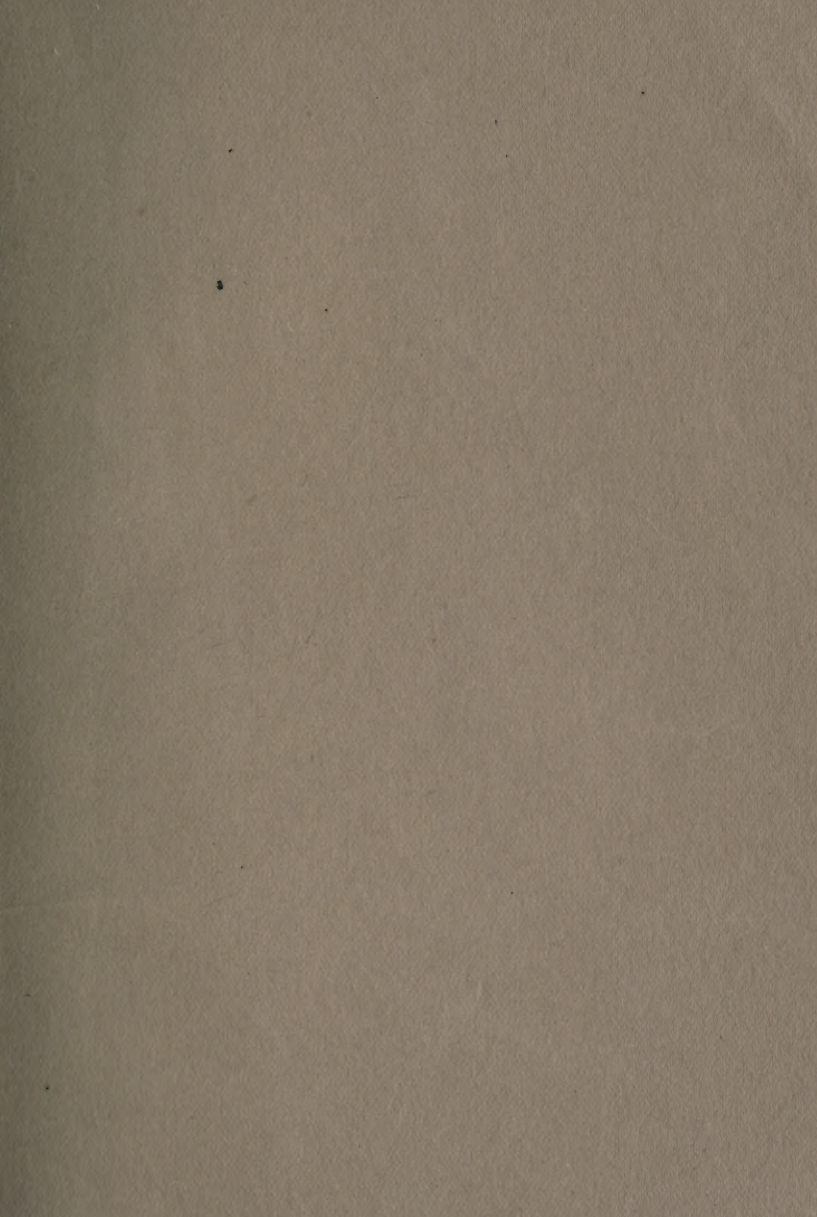
## EPILOGO

Pues señor: la romántica Gisela, cuando comencé a observarla, proponíase desalojar los recuerdos enfermizos de las cámaras que tiene su memoria. Y al poner en práctica sus deseos, ha experimentado una saludable sorpresa. El sol de su niñez, al resucitar entre las remembranzas, ha brillado tan cándido y hermoso, que los fantasmas de la juventud huyeron de su cerebro como las brumas nocturnales al crecer el día.

He aquí solamente redactada su primera juventud; y quédese mi lector hambriento de las emociones que pudieran haberle ofrecido los fantasmas volatizados.

.....  
¿Para siempre? La ególatra Gisela responderá algún día sí o no.







PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

PQ  
7389  
G26R4

Garbalosa, Graziella  
El relicario

